

COMEDIA.

45

EL DIVORCIO FELIZ,

Ó

LA MARQUESTA.

EN CUATRO ACTOS.

SACADA DE UNA DE LAS NOVELAS DE MR. DE MARMONTEL,
CON EL PROPIO TITULO.

EN ESTA FABULA INTENTA
PERSUADIRNOS EL AUTOR
¡QUÁNTO DESTRUYE UN CAPRICHÓ,
Y VALE UNA REFLEXIÓN!

CON LICENCIA EN MADRID:

AÑO DE 1796.

Se ballará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima,

Ayuntamiento de Madrid

45

ACTORES.

*El Marques de ****
La Marquesa , su esposa.
Don Quintín.
El Baron de San Telmo. } *Petimetres.*
El Conde del Rollo.
Doña Jacinta. } *Amigas de la Marquesa.*
Doña Laura. }
Don Leonardo , Amigo del Marques.
Luisa , Criada de la Marquesa.
Anselmo , Criado antiguo del Marques.
Un Page , y dos Lacayos.
Otros Criados , y Criadas.

La Escena es en Madrid , y en casa de los Marqueses.

El t
nucop
cortin
puerta
pues ,
lon de
da : e
los la
la Ma
la bux
paja a
Marq
á

Marq
iqu
Jan
hun
¿ Y
mie
mis
No
sin
¿ D
ú a
los
deb
rato
los
¿ So
del
idea
mi
diez
de
sin
de u
de :
¡ Ah
en e
Tú
(no
rico
pre

ACTO PRIMERO.

El teatro representa salon de casa ricamente mueblada , con sillas doradas , cornucopias , una araña de cristal , &c. : dos puertas á los lados , cerradas y con cortinas de damasco corridas. Al frente habrá un balcon al natural con las puertas de madera cerradas , y cortinas de damasco corridas : este se abre despues , y dexa ver las puertas vidrieras , por donde entra la luz que recibe el salon de un jardin que se ve al foro : sobre una silla habrá una rica bata desdobla-da : en otra una bandeja con adornos de cabeza , brazos y cuello de señora. A los lados del balcon dos mesas doradas y espejos. En la de la izquierda estará la Marquesa leyendo , en desavillé blanco desprendido , toda despeñada y enfadosa : la buxía estará al fin , y Luisa , sentada en el suelo , y reclinada en una silla de paja decente , estará dormida al lado derecho. El teatro está casi obscuro. La Marquesa tiene su libro en la mano : lee , tuerce el pávilo de la vela , vuelve á leer , &c. Todo esto levantando la cortina ántes de acabar la obertura ; y finalmente suspira , se conmueve y dice :

Marquesa. ¡Qué noche! ¡qué cruel noche!
¡qué agitacion! ¡qué desvelo!
Jamás me ví de tan mal
humor como el que ahora tengo.
¿Y no es con causa? ¿Dormir
mientras se están divirtiendo
mis amigas en el bayle!
No es fácil pensar en ello
sin cólera. Luisa , Luisa!!!
¿Dedicar á un largo sueño,
ú al ocio , por complacencia,
los mas preciosos momentos
debidos solo á los dulces
ratos del placer? ¿Son estos
los encantos del amor?
¿Son estas , si bien me acuerdo,
del matrimonio las bellas
ideas que seduxéron
mi imaginacion? ¿A los
diez y nueve años que cuento
de mi edad , abandonarme
sin esperanza en el seno
de una helada indiferencia
de acciones y pensamientos?
¡Ah cruel familia! Por tí
en este caso me veo.
Tú me elegiste un marido
(no puedo negarlo) honesto,
rico y noble ; ¡pero qué se levanta.
presente tan lisongero!

Aburrirse baxo el yugo
de un hombre inflexible , serio,
pacífico..... y aburrirse
por toda la vida.... esto
es muy duro. ¡Luisa , Luisa!

Impaciente , dándola con el pie.

Luisa. Señora : ¡Jesús qué sueño!

¿Es hora ya de acostarnos?

Se vuelve á recostar.

Marquesa. Muchacha. Ya me impaciento.

Dala un pellizco.

Luisa. ¡Ay! Poco á poco , Señora.

Marquesa. Pues despierta.

Luisa. Si no puedo.

Marquesa. Dos horas ha que te llamo.

Luisa. ¿Pues que hora será?

Marquesa. Yo creo

que ya habrá salido el sol.

Abre esa ventana luego.

Abre el balcon , y aclara el teatro.

Luisa. ¿El sol? Y á fé que es verdad.

Señora... Yo no lo entiendo.

¿Os ha sucedido algo? *Marquesa.* No.

Luisa. ¿Qué? ¿os habeis indispuerto?

Marquesa. Tampoco. Nada me duele:

quita esos trastos de enmedio,

ú échalos por la ventana,

y apaga esa luz. *Luisa.* Callemos.

Quita todo , lo entra , y apaga , &c.

Marquesa. En la vida me amará

El Divorcio feliz

4

este hombre. ¡Qué desconsuelo!
Esta es una alma de aquellas
que hay frías, sin movimiento
alguno, y sin interés:—
Al fin, estoy sin remedio
condenada á vivir siempre
con un mármol, sin afectos
para amar, ni aborrecer. *Sale Luisa.*
¿qué hace tu amo?

Luisa. Ahora mesmo
se ha entrado en su gabinete.

Marquesa. Mira si está ya dispuesto
mi chocolate. *Luisa.* Señora,
aun están todos durmiendo,
que acaba de amanecer;
demás, que como sabemos
que le tomáis á las once
las mas mañanas:—

Marquesa. Es cierto.

Ni yo sé lo que me digo,
ni yo sé lo que me quiero:
¡Ah! ¡Luisa! *Luisa.* ¿Pues qué teneis?
que en vuestro semblante advierto
una alteracion, que á mí
me asusta. *Marquesa.* Y yo la padezco.

Luisa. ¿Pero por qué?

Marquesa. Yo soy jóven,
no soy fea, y con todo eso *llorando.*
mi marido no me quiere.

Luisa. Debe ser uso del tiempo,
porque conozco yo á muchas,
que se quejan de lo mesmo.
Solo saber que sois suya,
basta para poseeros
con tibieza. *Marquesa.* Luisa, tienes
mucha razon: yo lo creo.

Luisa. En lo que está en su dominio
sin reserva, ni rezelo,
¿qué tiene que desear?
Acordaos de mis consejos,
desde que me confiasteis
su entereza, ó su despego.
El señor Marques mi amo
os idolatrará ciego,
como le dierais no mas
que unos poquitos de celos. (bres!

Marquesa. ¿Qué injustos que son los hom-
bres! Es fuerza darles tormento

para agradarlos? Sed finas,
fieles, dóciles con ellos,
y tendreis en recompensa
su descuido ú su desprecio.

Luisa. Esa es la regla; porque
juzgan estos caballeros,
que todo se lo merecen,
y todo se lo debemos.
Las venturas continuadas
los fastidian; el enredo,
el capricho, la locura,
y la inconstancia del sexô
los excita, y los desvela.
¡Ah! ¡Qué gana que les tengol
Al pobre que á mí me toque
ya le ha caído un buen terno.

Marquesa. ¿Y juzgas tú que el Marques,
á estar de mi pasion ménos
asegurado, seria
mas amante, y mas atento
conmigo? *Luisa.* Y lo juraré.
Los hombres dan el aprecio
á sus placeres, segun
les cuestan de sentimientos.
Sacudios de esa dulce
complacencia y miramientos,
que os están martirizando:—
Mas claro: mudad de genio,
y sed á la moda en obras,
palabras y pensamientos,
y le vereis al instante
solicito, fiel y tierno
prevenir todos los modos
que halle de complaceros
con diversiones continuas,
y repetidos obsequios.

Marquesa. Nada es mas fácil, si fuera
él capaz de tener celos,
é inquietarse; mas conozco
su carácter, y rezelo
no harán en él la impresion
sensible que en otros vemos.
En los seis meses que habrá
que nos casamos, he hecho
quanto he podido por ver
si le irritaba. A este efecto
le he dado importunas quejas,
le he estado contradiciendo

quince dias quanto hablaba,
he malgastado el dinero
á su vista, he celebrado
delante de el quatrocientos
petímetros ; pero nada
descompuso aquel perpetuo
fastidioso agrado , aquella
tranquilidad de su genio
maldito , que sabes , y
con que yo me desespero.

Luisa. Yo no vi serenidad
mas inalterable ; pero:::

Marquesa. No, querida Luisa , no;
ya nada adelantaremos;
tanto mejor para mí.

Luisa. Vamos claros. ¿Cómo es eso?

Marquesa. Que para vivir tranquila,
ya solo me queda un medio
que emplear. *Luisa.* ¿Y cuál es ese?

Marquesa. Hablar claro desde luego
á mi esposo, y separarnos
para siempre. *Luisa.* Yo lo apruebo.
Decís muy bien , y ese es
el expediente mas bello
para quedar libre. *Marquesa.* Ya
maquinaba ese proyecto
yo mas hace de dos meses,
y estaba dudosa ; pero
la aventura de ayer noche
me determina. *Luisa.* Os protesto,
señora , que interiormente
toda me conmoví al veros
volver tan temprano á casa
del bayle, que estaria bueno.

Marquesa. ¡Magnífico!

Luisa. ¿Y mucha gente?

Marquesa. Todo lo útil del pueblo.

Luisa. ¿Pues qué os dixo mi amo?

Marquesa. Nada.

Antes decia : me alegro
que bayles... si te diviertes...
tu salud... Mas con un gesto,
que á legua se conocia
que ya estaba allí violento.

Luisa. ¡Qué postema! En comenzando
un marido con aquello:
hija, si quieres tal cosa:::
bien está , tú eres el dueño:::

bien , bien :: si absolutamente
quieres ir á tal paseo:::
yo te acompañaré , mas
está el dia tan revuelto,
que la jaqueca :: el reposo
es mejor :: mañana iremos:::
Todas estas pesadeces
equivalen á un no quiero;
que vale mas lo dixeran
claro, que estarnos pudriendo
las entrañas. *Marquesa.* Asi es;
y cada vez que lo pienso
del Marques , casi me pongo
á punto de aborrecerlo.
Demás que su compañía,
y la de sus circunspectos
amigos, me va cansando;
y en la precision me veo
de no recibirlos ya,
para no chocar con ellos.

Luisa. Alabo vuestra prudencia:
que yo , señora , en oyendo
moralizar al Abate,
ponderar al consejero,
conquistar al coronel,
y al viejo Marques los versos,
que el año de seis cantaba
al harpa su chichisveo,
huyo cien leguas , por no
mostrar lo que me impaciento:::
Mas mi amo viene en persona.

Marquesa. Ya estamos en el empeño.
Déxanos solos, y no entres
mientras que no te llamemos.

Luisa. Yo me tendré buen cuidado,
señora.

Marquesa. No estés muy léjos. *vase Luisa.*
*Sale el Marques en bata, sin peynar, le-
yendo varias cartas.*

Marques. Muy buenos dias , señora.
con atencion.

Marquesa. Téngalos usted muy buenos,
Señor. *(con frialdad.)*

Marq. ¿Qué has de hacer así,
muger? Dime , ¿qué provecho
puede hacerte haber estado
toda la noche leyendo?

Marquesa. Otras cosas me hacen mucho
mas

mas perjuicio, y las tolero.

Marq. Verbi gratia, el no baylar seguidas en este tiempo doce ó trece contradanzas, hasta quedar sin aliento. ¿No es esto, hija mia?

Marquesa. Os doy mil gracias por el requiebro, que llega á linda ocasion.

Marq. ¿Llega á mejor el despego con que me recibes? Si hicieses solo un momento de reflexion, conocieras, Matilde, que estás tan léjos de tener motivo, que ántes cada vez te los doy nuevos, y repetidos de lo infinito que te quiero.

Marquesa. Vos teneis muchas razones, que sin réplica os concedo, con tal de que me dexeis.

Marq. No seas tonta.

Marquesa. Por lo mesmo que conozco que lo soy, callo, y con vos no me meto, señor.

Marq. Malo : me parece por ese recibimiento, que no he elegido la hora mas felice para veros.

Marquesa. Tambien á mí.

Marq. Sin embargo, para descubrir su pecho un hombre de bien, son todas oportunas: yo no vengo á otra cosa, ni saldré sin desempeñar mi objeto.

Marquesa. Muy bien.

Marq. ¿Me escuchareis?

Marquesa. Sí.

(¿Qué hombre!) Vos sois muy y dueño de hablar ó no hablar.

Marq. Matilde, ya ha algunos dias que observo en tu rostro y tu conducta, que la tibieza y... (me atrevo á decirlo) la aversion hácia mí, van sucediendo

al amor, que se inspiraban nuestros dulces sentimientos al principio mutuamente.

Tú habias creído, que siendo, como eres, jóven y hermosa, desatinados extremos de mi violenta pasion habian de ser el premio de un enlace, que admitiste voluntaria, quizá ménos por inclinacion á mí, que por obediencia. Esto por tu parte; por la mia, he ideado quantos medios pudieran contribuir á hacer venturosos nuestros corazones, empezando por ser tu mas verdadero amigo; pues yo creia, que un hombre de bien y cuerdo, hace todo quanto quiere de una muger de talento, y bien nacida, en ganando su confianza: y definiendo, que el marido que sin causa se hace temer indiscreto de su muger, la convida á que le engañe: mas pienso: que la autoriza tambien, al fin, para aborrecerlo.

Marquesa. Muy bien pensado: seamos amigos, yo me convengo.

Marq. Esta expresion no te gusta; pero á repetirla vuelvo por la última vez: perdona, Matilde, si te moléstó.

Eres niña, y no penetras en mi voz, y mis afectos, que á no ser yo tan tu amigo, dexára desde ahora mesmo de ser tu esposo. *Marquesa.* Pues yo digo al reves, que no siendo tan tu esposa, yo seria mas tu amiga desde luego.

Marq. Ya: la respuesta es bien clara. Voy, señora, á responderos. Los fines del matrimonio son, entre otros mas serios

y reservados, hacerse venturosos dos sugetos que se aman. Nosotros no lo somos, ni lo seremos jamas, con que me parece inútil nos obstinemos ambos en una constancia, que nos está consumiendo. La fortuna nos ha dado bienes para establecernos grandemente, sin que el uno del otro necesitemos. Quedad en todo este quarto: yo baxaré al entresuelo á vivir: y mas no os pido para mí, ni lo pretendo, que la decencia á quien soy regular, y los respetos que os debeis vos, á vos misma.

Marquesa. Todo, señor, os lo ofrezco gustosa, y es un partido tan conforme á mis deseos, que si tardais dos minutos, me anticipo á proponerlo.

Marq. Pues sea para bien, que yo no me opongo, ni me ofendo. Elegid entre los coches y ganado que tenemos todo aquello que os agrada. Mandad de quantos cubiertos os han de servir la mesa diaria, cena y refresco. Nombrad de nuestros criados de todas clases, aquellos que os sirvan mejor, y que sean mas del gusto vuestro. La única gracia que os pido es que me dexéis á Anselmo, pues á mí me es necesario, y á vos inútil. Es viejo, me ha criado desde niño en sus brazos, y le quiero.

Marquesa. Contad con él.

Marq. Lo mejor será que aquí le llamemos, con eso le podreis dar vuestras órdenes, que luego yo me encargaré de que

se cumplan en el momento, y con toda exáctitud.

¿Luisa?

Sale Luisa.

Luisa. ¿Señor? *Marq.* Llama presto á Anselmo. *Luisa.* Ahí os esperaba en la recámara.

Marq. Anselmo.

Vase Luisa.

Ansel. Aquí estoy: ¿qué me mandais?

Sale Anselmo.

Marq. Yo conozco bien tu zelo, y fidelidad. *Ansel.* Señor:::

Marq. Calla. Lo que te prevengo es que oygas de tu ama las órdenes, y que atento las hagas executar en casa. *Ansel.* Señor, en esto no sé qué quereis decirme... ¿En qué haber faltado puedo á mi obligacion, ó quando no obedecí los preceptos de entrambos con la eficacia y buena ley que os profeso?

Marq. Lo sé: por eso de tí me fio, no te reprehendo. La Marquesa desde hoy queda por único dueño de todo este quarto: ella dará lista por extenso del tren, y de los criados que la convengan: el resto quedará á mi servidumbre destinado, y tú con ellos.

Ansel. Pues qué, señora... señor... *turbado.*

Marq. Calla, y obedece, Anselmo.

Ansel. Yo no puedo resistir mi dolor, ni mi silencio; ¿será posible, señor... (perdonadme si me excedo) que os separeis de mi ama?

Marq. Así lo quiere. Haz luego *enternecido.*

lo que te mando.

Ansel. Señora, mirad que fallecerémos de pesar. Mi pobre amo no podrá sufrir sin riesgo de su vida tanto golpe. Yo tengo conocimiento

llorando.

de

de entrambos, sé que os amais
cada vez con mas extremo,
y sé que del mal partido
que hoy toma el enojo ciego,
no puede llegar mañana
sin el arrepentimiento.

No... *Marquesa.* ¡Llanto inútil! Así
entrambos lo hemos resuelto.

Marq. Sí, señora, y es constante
la resolución. Yo creo
que no me queda que hacer
algo mas por complaceros.

A Dios, señora; Matilde, *yéndose.*

á Dios; á Dios, muger. *Ansel.* ¡Cielos!

Marquesa. A Dios, señor.

Vase el Marques.

Anselm. Se me parte
el alma de desconsuelo.

Marquesa. Anselmo, aguardate aquí
un rato, que pronto vuelvo. *Vase.*

Anselm. ¿Debo creer á mis ojos?

¿Qué accidente tan adverso

nos desune un matrimonio

tan regular y tan bello?

Yo habría jurado que

estos Señores tan buenos

vivirian, aunque fuesen

cien años, siempre contentos

y juntos, sin tener nunca

entre sí quejas ni enredos.

Todo estoy fuera de mí,

porque este asunto es muy serio...

Ahora que habia mi amo

dexado los devaneos

de mozo, y que yo tambien

me habia casado sin serlo...

¿Ahora que la paz, el gozo,

la abundancia, y el gobierno

reynaban en esta casa,

amanece tan funesto

dia en ella? ¿Qué mudanza!

¡y qué resultas! *Sale la Marquesa.*

Marquesa. Anselmo,

aquí tienes una nota

con un papel á la larga.

de todo lo que reservo

para mí, y á tu cuidado

y disposicion lo dexo.

Quiero la mesa en la pieza
al norte, que está mas léjos,
y para ocho ú diez personas.

Anselm. Muy bien, Señora, yo os beso
los pies. *enter necido.*

Marquesa. Ve con Dios amigo:

fia en mi agradecimiento,

y sirve bien á tu amo,

que es lo que mastee encomiendo.

Anselm. ¡Ay mi Señora! En el dia

que separados os veo,

¿qué me queda que esperar

de los beneficios vuestros?

Esta idea me divide

el corazon por en medio.

A Dios mi amada Señora. *Vase.*

Marquesa. ¡Qué buena ley! El afecto

de este hombre me ha enternecido:

no tenia tan buen concepto

yo de él. ¿Luisa?

Sale Luisa.

Luisa. Señora.

Marquesa. Haz que entren aquí dentro

el tocador dos Lacayos.

Luisa. No ha venido el Peluquero

en todavia.

Marquesa. No importa. *se vá Luisa.*

Tú me compondrás el pelo.

El lance es fuerte: que estoy

desazonada confieso...

Pero ello tarde ó temprano *resuelta.*

habia de parar en esto.

Sale Luisa. ¿Hay separacion, Señora?

Sacan dos Lacayos el tocador, le ponen

á un lado, y salen otras dos criadas.

Marquesa. Y para siempre.

Luisa. Me alegro.

Marquesa. Peyname, ó ponme una cofia,

que es mas breve; porque espero

esta mañana á Jacinta.

¡Ay! y ahora que me acuerdo

al Condecito del Rollo,

que me pidió muy atento

licencia para venir

á verme hoy. *Luis.* Yo lo celebro. *con fisga.*

Marquesa. ¿Qué, no te gusta?

Luisa. ¡Oh, el Conde

es un lindo Caballero!

¡El Conde! es lo que en Madrid

se llama un hombre perfecto.

El servidor de las Damas,
el xefe de los cortejos,
y el coco de las tertulias.
A fé que entre todos estos
que os vienen á hacer la corte,
ótro mas digno no veo,
ni mas amable. *Marquesa.* ¡ Ola ! ¿ tiene
la ventura ese sugeto
de agradarte? *Luis.* Era preciso
tener un gusto perverso,
para decir lo contrario.

Marquesa. Bien puede estar satisfecho
de lo feliz que es contigo: *bufoneándose.*
pero entretanto te ruego, *enfadada.*
que atiendas mas á lo que haces,
y que me despaches presto.

Luisa. Discurro que hasta que venga
nos sobrará mucho tiempo;
que á las tres de la mañana
aun se estaba divirtiendo,
y se recogió á las cuatro.

Marquesa. ¿ Y quién te ha dicho á tí eso?

Luisa. Un Lacayo suyo. Entre
vecinos nada hay secreto.

Marquesa. ¿ Y te dixo mas?

Luisa. Que anoche
una gran cena tuviéron
en casa de Doña Justa
con el Baron de San Telmo,
y otros amigos. *Marquesa.* ¿ En casa
de Justa? *Luisa.* Ni mas, ni ménos:
y el héroe de la funcion,
fué su Señoría. *Marquesa.* Quedo,
muger ó diablo, que hoy
no hay para tí sufrimiento.

Luisa. Señora....

Marquesa. Señora... Marcha *remedándola.*
con el tocador adentro.

Luisa. Falta... *Marquesa.* Si faltase algo,
yo llamaré... Despachemos.

Criada 1. ¡ De qué mal humor está!

Criada 2. Hoy anda aquí el diablo suelto.

Vanse, llevando el tocador.

Marquesa. ¡ En casa de Justa! Vaya,
ya tenemos manifestos
los negocios tan urgentes
y graves, que le impidiéron

hallarse en el bayle anoche,
y faltar lugar de vernos
en dos dias... Pero Luisa
habla mucho, y yo no debo
condenarle sin oír
lo que él me diga primero.

Sale un Page. El Señor Conde del Rollo.

Marquesa. Que entre, y ponle un asiento.

Sale el Conde en frac, papelillos, castaña,
su bastoncillo, &c.

¡ Jesus, Conde! Se conoce
la mala noche, por cierto.

Cond. No, señora; mi semblante
solo anuncia los tormentos
de la ausencia de dos dias,
que infeliz no pude veros.
¡ Mas qué hermosura! La aurora
no esparce tantos reflexos
de luz, como vuestros ojos.
¡ Y qué propio, qué perfecto
está el peynado! *Marquesa.* Pues hoy
yo misma me le he compuesto.

Cond. Pues yo jurára que solo
podia ser peluquero
tan primoroso el amor.

Marquesa. Hoy venís muy lisonjero.

Cond. Jamas lo he sido.

Marquesa. Sentaos.

Cond. Antes soy justo. *Marquesa.* Lo creo.

¿ Qué es lo que hicisteis ayer?

Cond. Señora... Ayer... no me acuerdo.

Es tan fastidioso el mundo,

que á la verdad es un necio

quien no se separa de él,

á vivir en el desierto

mas árido. *Marquesita,*

creedme, y envid á paseo

todo ese tropel de monos

que andan al rededor vuestro:::

y á propósito, qué bromas,

qué disputas habrá entre ellos,

por conquistaros. ¿ Habeis

hecho ya eleccion? Hablemos

en confianza. *se acerca con la silla.*

Marquesa. Esa duda

me admira. *Cond.* Soy indiscreto,

quizá. *Marquesa.* No, de modo alguno;

porque en el dia no tengo

B

que

El Divorcio feliz,

que disimular , ni pueden reconvenirme. Es muy cierto, que otra se aprovecharia de mi libertad , viviendo ya , como yo divorciada del Marques. *Cond.* ¿Eso tenemos?

se levanta alegre.

Yo os doy mil enhorabuena, Marquesa mia. Bien hecho; ya os lo tenia yo dicho, *se sienta.* que el Marques era muy bueno; mas para sacar partido de su muger , era lerdo el infeliz. ¿Con que os dexa á vuestras anchuras ? Eso es admirable. *Marquesa.* Sí , Conde; pero no juzgueis que pienso, por mirarme independiente, abandonarme á cortejos mequetrefes , ni que hallo tampoco , entre los que tengo tratados, alguno digno de mi eleccion , á este efecto.

Cond. Eso es ser muy rigurosa, señora : Luis, por exemplo, es amable, aunque es verdad que es hablador y embustero.

Marquesa. Son un bello par de gracias.

Cond. Vaya el Baron de San Telmo, que es buen mozo; aunque el carácter tiene mucho de grotesco, y necesita ántes ser disciplinado algun tiempo por una muger mayor.

Marquesa. Al contrario, es muy modesto y agradable , circunstancias que alguna vez me le hicieron distinguir de los demas.

Cond. ¿Distinguir? ¡Jesus, qué yerro!

Vaya no le conoceis:

¿y el Vizconde? *Marquesa.* Es un sugeto muy juicioso. *Cond.* Sí ; aquel juicio muy parecido en extremo al del borrico cañsado.

¿Y el Cadetico Manchego?

Marquesa. Ese es un niño de escuela.

Cond. Teneis razon ; todos ellos no os convienen. Pero vamos

ahora formales : ¿qué empleo pensais dar á esa preciosa libertad? *Marquesa* Darla el aprecio que merece , y disfrutarla.

Cond. ¡Falta de conocimiento, y niñada ! Nadie goza los hechizos alhagüenos, de la dulce libertad, sino en el propio momento que la renuncia : y la debe solo reservar el cuerdo con ánimo de perderla á propósito , y á tiempo.

Marquesa. Estais entendido : emplearla desde luego en vos. *sonriéndose.*

Cond. Es cierto:

yo era lo que os convenia, á no estar como me veo sitiado por todas partes: ¿mas qué recurso, qué medio habrá para desprenderme?

Marquesa. Ninguno , ni os lo aconsejo, amigo ; pues aunque no me asombrára á mí otro riesgo que el de las iras de Justa, reanunciára mis derechos.

Cond. ¡La Justa ! ¡buena muger! aunque de poco despejo.

La Justa... ¡qué chistel ! ¿Ya ha venido con el cuento?

¿Y qué? Sí, señora : ayer me convidó con empeño á cenar en una casa

que ha tomado hoy en Pozuelo de Arabaca , á mis expensas.

Llevé cinco ú seis sugetos de buen gusto, amigos míos:

ella, otros tantos portentos femeninos, con que hubo

unos ratos estupendos, y se cenó á toda ley:

bebimos como tudescos:

yo dixé mil cosas buenas,

porque estaba para ello

á noche : á eso de las dos

en sus coches se volviéron todos : y yo me quedé

aun allá á tomar el fresco

cosa de media hora mas.

Marquesa. No es propio de un caballero,

Conde, ese modo de hablar:

y la opinion y el respeto

de una Dama, en vuestra boca

á fé que están bien expuestos.

Conde. La opinion de una Madama...

el agravio que podemos

hacerlas que las desluzca,

solo es plantarlas; por eso

yo jamás planto á ninguna:

me hago plantar, y las dexo

á ellas toda la gloria

y honores del vencimiento.

Ya veis, Marquesita mia,

que hay en mí unos verdaderos

principios.

Marquesa. Y bien fundados;

pero yo no los apruebo.

Conde. De veras que yo quisiera,

solo por interes vuestro,

encontraseis con un hombre

como yo. *Marquesa.* Me lisonjeo

de que estaria alojada

como Justa, y á lo ménos

viviria sin el susto

de verme plantada. *Conde.* Esto

ha sido todo una chanza.

Lo que hay que pensar mas serio,

aquí entre los dos, es que

no perdais el mejor tiempo

de la vida, disipando

vuestras gracias sin provecho.

Marquesa. Mi ánimo por ahora es

no incurrir en tal excesó.

Conde. Por ahí no se vé otra cosa.

Marquesa. No lo ignoro; y por lo mesmo

siempre seré muy difícil

en la eleccion, si resuelvo

hacer alguna. *Conde.* ¿Pues qué

á vuestra edad, y con vuestros

méritos seriais constante?

si yo llegara á creerlo

fuera capaz de hacer una

locura.

se levanta.

Marquesa. Tened sosiego;

y decidme, ¿qué locura?

Conde. De tener juicio, y haceros

Se sienta.

la corte de buena fé.

Marquesa. Sois gracioso, y muy discreto
en vuestras declaraciones.

Conde. Si no anduve por rodeos,

vos lo disimularéis,

que no es por falta de ingenio;

sino porque es la primera

que en toda mi vida he hecho.

Hasta aquí siempre me habian

ahorrado aun el corto empeño

de ser yo el que me insinuase.

Marquesa. Yo os perdono este pequeño

primer ensayo, y os juro

que no puede, ni por pienso,

disgustarme. *Conde.* ¿De verdad?

¿Con que aprobais (esto es bueno)

que os idolatre? Decidme:

¿y vos con igual afecto

me idolatrareis á mi?

Marquesa. Eso es otra cosa: el tiempo

burlándose.

dirá si lo mereceis.

Conde. Mirad este ayre, este cuerpo,

se levanta.

y sobre todo mi pico,

os dirán si lo merezco.

Marquesa. Ya he visto esas perfecciones,

y nobles ideas; pero

no bastan á merecer

mi confianza, ni debo

determinar al instante

mi inclinacion. *Conde.* Pues yo creo

que pudiera sobrar mucho.

En fin, señora, abreviemos:

yo estoy harto de seguir

la moda: busco un objeto,

en que fixarme: le hallé,

y ya de él no me desprendo;

pero no ha de ser en valde:

por lo que mira al propuesto

término, que necesario

juzgais para resolveros,

por único y perentorio,

sin exemplar, os concedo

veinte y quatro horas; y á fé,

que se conoce que os quiero,

porque nunca he dado tanto.

El Divorcio feliz,

Marquesa. Lo creo así; mas yo tengo muy lenta la reflexión, y vos sois, á lo que veo, muy vivo, para que en este asunto nos acordemos. *levántanse.*

Cond. ¿Pero no es un disparate malograr la edad, y el tiempo en consultar si amareis, ó no amareis? *Marquesa.* Caballero, ni sé si amaré, ni lo *séria.* que tardaré en resolverlo; pero no es tiempo perdido, el que ahorra el sentimiento de haber elegido mal, *séria.* cuando no tenga remedio.

Conde. Yo os admiro, Marquesita, os admiro; mas no tengo el honor de haber nacido de casta de Caballeros andantes, ni vine aquí á hacer coplas: y supuesto que sois de reflexión tarda, en la soledad os dexo, y me retiro por no turbar vuestro entendimiento. Ella se lo pierde; vaya que la muger es un leño. *ap. Vase.*

Marquesa. Apenas puedo alentar del asombro con que quedo. ¿Esto es un hombre á la moda? ¿El hombre que llama el Pueblo amable por excelencia? él me hace el favor supremo de decirme que soy linda: ¿y si juzgára mi genio capaz de constancia, hiciera la locura y el exceso de amarme? Para que yo resuelva ser su cortejo, me da veinte y quatro horas... despues se va tan sereno... ¿De esta manera se abaten las damas, contribuyendo á su desayre, y los hombres las sujetan á su imperio con tanta facilidad? Detras de aquel alhagüeño, de aquel seductor semblante,

(que si la verdad confieso era agradable á mis ojos,) ¡qué presuncion, qué desprecio de todo, si no de sí, se encubrian! Ahora veo, que la desgracia mayor, y que el mayor vilipendio de qualquier Dama, es dexarse cortejar de un majadero.

ACTO SEGUNDO.

Sale el Page. ¿Si estará por ahí Luisita, para que me diga el cuento de la riña que los amos han tenido, con sus pelos y señales? porque fuera en un criado defecto reprehensible no saberle, para referirle luego á quantos se lo pregunten, ó no pregunten.

Sale la Criada 1. ¿Don Diego?

Pag. ¿Qué hay, Teresita de mi alma?

Criada 1. Ahora sí que ya podremos hablarnos algunas veces.

Pag. ¿Con que hay divorcio en efecto?

Criada 1. Y para siempre. *Pag.* Mejor: oyes ¿qué hace el ama?

Criada 1. Adentro tomando está chocolate.

Pag. ¿Y Luisa?

Criada 1. Está previniendo los trastos para vestirla.

Pag. ¿Y sabes bien por extenso la camorra, los motivos, y cosas que se dixéron?

Criada 1. Bien no; pero ántes que acabe el día de hoy lo sabremos.

¿Y la guitarra? *Pag.* Debaxo de aquella silla la tengo: pero, ¿por qué lo preguntas?

Criada 1. Anda, sácala, que quiero repasar las seguidillas de á noche. *Pag.* Yo no me atrevo, porque están de mal humor.

Criada 1. Será en el departamento baxo, que por acá arriba

todo es risas y bureos.

La Marquesa dixo ahora,
que interin están comiendo,
se repasen las tonadas
y juguetes que sabemos,
y compongamos las ropas
que requieren. *Pag.* ¿Con qué intento?

Criada 1. Con el de hacer una folla,
y divertir al sereno
del jardín á la tertulia,
por ser cortas para juego
las noches, y calurosas.

Pag. ¡Magnífico pensamiento!
Como rabiará el Marques.

Criada 1. ¿Y qué se nos da aquí de eso?
¿sacas la guitarra, ó no?

Pag. Aquí la tienes, lucero
de la casa. *Criada 1.* Toca, sol
del Rodrigon emisferio.

Pag. Pues canta tú, camarista
de los retrates de Venus.

Criada 1. Vayan las de á duo.

Pag. Vayan.

Criada 1. Pues no perdamos el tiempo.

Cantan seguidillas de gusto.

Sale Luisa. ¡Bueno! Teresa, ¿no sabes
que el ama se está vistiendo?

Criada 1. No.

Luisa. Pues por tí ha preguntado.

Criada 1. ¡Triste de mí! voy corriendo. *vase.*

Luisa. Y tú, holgazan...

Pag. No hay tal, que
bastante trabajo tengo
en tratar con quatro mozas
bonitas, y de mal genio.

Luisa. ¿Y con cuál te casarás?

Pag. Con ninguna; pero creo *campanilla.*
que viene el ama, y llamáron.

A Dios, chusca. *Vase.*

Luisa. A Dios, mostrenco.

Sale la Marquesa. ¿Qué haces aquí?

Luisa. Estoy quitando
las motas.

Marquesa. ¿Y qué hace Diego,
que no responde? *Luisa.* Yo juzgo
que ya la puerta han abierto.

Sale un Page. Señora, la Capitana.

Marquesa. ¿Por qué la detienes, necio?

Sale la Capitana Doña Jacinta.
Doña Jacin. ¡Viudita mía! Permite
que te abraze, y dé cien besos
en albricias de que ya
desde hoy te gozaremos
tus amigas. *Marquesa.* ¿Qué, ya sabes
lo que ha pasado?

Doña Jacin. Al momento
que pasó me lo contáron
en casa ni mas ni ménos.

Marquesa. Pues me ha costado bastante
resolverme. *Doña Jacinta.* Yo lo creo.
Pues aunque el amor y chistes
de mi Capitán, me acuerdo
que me cansaban bastante,
jamás me habria resuelto

á separarme de él; mas
dichosamente me hiciéron
los Ingleses este gusto,
ú este pesar: lo que es cierto,
que me costó algunos llantos.

Marquesa. Pero se secáron presto.

Doña Jacin. El primer amigo, que
me consoló, fué el espejo.

Bien temprano al otro día
delante del Peluquero,
me declaró, que aun podia
mi pesar tener remedio.

Marquesa. Y como tú eres tan dócil,
creiste tan buen consejo.

Doña Jacin. La experiencia me mostró
que habia sido verdadero;
pues aun sin cumplir el mes
fué tomando un incremento
tan brillante mi tertulia,
empeñada en mi consuelo...

Pero volvamos á tí.

¿Querida, y ahora qué haremos?

Tú has de pensar que hoy empiezas
á vivir, en el supuesto
de la libertad que gozas.
No conoces tú el concepto
de decirse una muger,
qualquiera... Yo no dependo
sino de mi voluntad.

Yo soy toda mía, y puedo
hacer de mi capa un sayo.

¡Ah Marquesa! ¡Qué perfecto

es-

estado! Verás floridos desde hoy todos los terrenos que pises: todo será para tí fiestas y juegos: tendrás á bandadas los suspirantes Caballeros al rededor de tu oído; pero cuidado entre ellos con la eleccion, porque de esta pende tu gusto, el sosiego de tu corazon, y la vanagloria del acierto.

Marquesa. Jacinta, ¡qué loca eres!

Me crees de tan poco seso, que por verme libre, abuse:-

Doña Jacin. Sí: yo seré loca; pero fundada en las experiencias, tengo tambien mis accesos de razon, que te podrán servir de mucho provecho. Verbi gratia: estás peynada hoy con un ayre tan nuevo, tan elegante, que al punto declara tus pensamientos de pretension. Vaya, dime, ¿hay algo? *Marquesa.* Será un efecto de casualidad; pues nunca en el tocador me he puesto tan distraida. *Doña Jacin.* ¡Ola, ola! ¿Distraida? Para eso de distracciones, no hay quien tenga mas conocimiento que yo, hija, por las muchas que cada dia padezco; y apostaria:-

Dent. Doña Laur. ¿Está en casa?

Marquesa. Ahí está Laura.

Doña Jacin. Tendremos

buen rato, porque vendrá con Don Quintin de cortejo en cierne, y es un almíbar para los ojos el verlos.

Sale Doña Laura, y Don Quintin hablando aparte.

Doña Laur. El caso es escandaloso, y ciertamente que siento haya pasado en mi casa.

Doña Jacin. Ya: bien dicen que lo bueno

se debe hacer desear.

Dos horas ha que te espero.

Marquesa. Seas muy bien venida, Laura.

Doña Laur. Bastante impaciente vengo;

pero acabo de tener

una aventura, por cierto

bien desagradable, que

me detuvo. *Marquesa.* Con efecto,

parece que vienes triste:

¿se puede saber? *Don Quin.* Todo ello

es nada: es una miseria,

que no importará dos bledos.

Doña Laur. Si yo no me interesara de veras por todo aquello á la *Marquesa.*

que respeta á tu opinion,

lo sintiera mucho ménos.

Don Quin. Señora, repare usted ap. á ella. la importancia del secreto.

Marquesa. ¿A mí me interesa?

Doña Laur. Sí.

Marquesa. ¿En qué cuidado me has puesto,

müger! Habla. *Doña Jacin.* ¿Para qué,

si dice este Caballero

que es todo una bagatela?

¿Sabes lo que es? Algun cuento

de tu marido, ó alguna

majadería que ha hecho.

Doña Laur. No estás en el caso.

Marquesa. Hija,

que me lo digas te ruego.

Sale el Page. Del Señor Conde del Rollo trae un Lacayo este pliego.

Marquesa. ¿De quién?

Doña Laur. ¿Del Conde?

Don Quin. A Dios; todo

vá á descubrirse al momento.

Marquesa. ¿Y aguarda respuesta?

Pag. No

Señora: se fué corriendo,

porque dixo que su amo

estaba no sé si muerto,

ú como.

Marquesa. ¿Qué dices, hombre?

Mas del papel lo sabremos.

Lee. "En fin, bella heroína del siglo, ya

nos he hallado un Caballero sirviente.

"El Baron y yo hemos tenido en casa

"de Doña Laura unas palabras en

quan-

„quanto á vmd. , de que ha resultado
„quedar yo ménos ayroso ; pero no
„ménos su amigo : y como él es discre-
„to y reservado, yo he querido instrui-
„ros, porque sentiria mucho que el
„Baron perdiese el fruto de su vic-
toria.”

El Conde del Rollo.

Repres. ¿Qué es lo que acabo de leer?

¿Qué aventura es esta, Cielos?

¿El Conde pudo llevar
su indiscrecion á este exceso,
y añade la impertinencia
de escribirmelo? No creo
que puede haber en Madrid
otro tonto mas perfecto.

Don Quin. No teneis de que asustaros;
porque esta aventura , léjos
de estaros mal , os hará
mucho honor en todo el pueblo.

Marquesa. Pero ¿qué es?

Don Quin. La historia es corta;

y como testigo puedo
contarla al pie de la letra.

Desde aquí se fué derecho
el Conde á ver á esta Dama,
como disgustado y serio:

preguntámosle el motivo,
y al punto respondió , vengo

de ver á la Marquesita,

que ayer en los Recoletos

me citó para hoy temprano:

fuime : comenzó á hacer gestos.

y chistes de Señorita:

tanto , que me puso presto

en precision de escurrirme,

porque ya me tenia seco

con sus si es... no... pues ya...

todo está dicho con esto:

por fin la dexé plantada.

Y por remate del cuento,

añadió, si yo me hubiera

tomado por pasatiempo

ú extravagancia, la pena

de fingirme como suelo

el amante apasionado...

la pobrecilla...

Marquesa. ¡Ah perverso!

impaciente.

Miente el pícaro. *D. Quint.* Bien saben
todos que es un embustero.

Hallábase por ventura

allí el Baron de San Telmo,

que tiene ménos prudencia

que yo ; y le dió un verdadero

testimonio de que no

creia nada de aquello:

picóse : salieron juntos,

y aunque los seguí á lo léjos,

no pude quitarle un par

de estocadas en el cuerpo

al tal Conde. *Marquesa.* ¿Y el Baron?

D. Quint. Sacó un piquete ligero

en la mano. Llevé al Conde

á su casa , y muy contento,

ínterin que el cirujano

venia , pidió el tintero,

sin duda para escribiros

ese papel tan discreto.

Dexéle , y me volví á casa

de Madama : este es el hecho.

Marquesa. Sin duda soy desgraciada.

Dña. Jacin. ¿Con que hoy no le tendremos?

D. Quint. ¿Hoy? Ya tiene que rascarse

tres semanas por lo ménos.

Dña. Jacin. Y le teniamos citado

para escoger unos juegos

de hebillas de gusto , y cintas

de moda , que para esto

solo tiene habilidad:

pero las tres nos iremos

con el señor Don Quintin. (rō

Marquesa. No estoy de ese humor, y quie-

hablar al Baron, si viene,

porque el lance sofoquemos

ánte que llegue al Marques:

á cuyo fin voy adentro

á dar una órden precisa.

Perdonad que al punto vuelvo. *Vase.*

D. Quin. La Marquesita ha tomado

el asunto muy á pechos.

Dña. Jacin. Falta de uso: es una niña;

pero ya la formaremos.

D. Quin. Si el Baron quiere encargarse

de ese cuidado , ahora es tiempo.

Dña. Laur. D. Quintin, usté es un loco,

ú se excede en suponernos

tan

tan fáciles á las Damas.

D. Quin. ¡Ay, señora! que yo veo que una muger se defiende muy mal de aquel Caballero, que la defiende muy bien; y mas si el tal es sugeto que agrada, y que no incomoda.

Doña Laur. Decid, ¿pues qué fundamento teneis para persuadiros que pueda agradar San Telmo á la Marquesa?

D. Quin. Bien claro está.

Doña Laur. Pues yo no lo entiendo.

Doña Jacin. A fé que tiene razon; y algun oculto misterio podrá haber entre los dos, que nosotras no sabemos.

Sale la Marquesa.

Marquesa. ¿De qué se trata, señoras?

Doña Jacin. Amiga, estamos haciendo el elogio del Baron.

Marquesa. Que me ha obligado confieso con la generosidad de su buen procedimiento.

D. Quin. ¿Qué dixere yo? ¿Ven ustedes como soy buen agorero? *ap. á las otras.*

Marquesa. Aunque me ha picado, que anduviese tan ligero.

D. Quin. Señora, un hombre de bien, en mediando los respetos de una Señora, se ciega.

Marquesa. Pudiera cegarse ménos. Hijas, si teneis que hacer no es mi ánimo deteneros, que yo tambien necesito media hora de sosiego; pero os aguardo á comer.

Doña Jacin. Eso se da por supuesto.

Marquesa. Y no solteis al Señor.

Dña. Jacin. Al instante volveremos. *abraz.*

Doña Laur. A Dios, hija.

Marquesa. ¿Para qué, si al instante hemos de vernos?

Don Quin. No es fineza; es la costumbre del abracito y el beso. *vanse las 3.*

Marquesa. En fin, ya estoy enterada de todo, y no sé si debo

agradecer al Baron el interes y el esfuerzo; ó reprehenderle que tan fácilmente me haya expuesto á ser asunto en Madrid de tertulias y paseos.

Lo que importa prevenir sobre todo es el secreto, y á este fin le hice llamar, aunque su venida temo; pues si quien le dió el impulso fué su amor... no sé... ¿Qué es eso?

Sale el Page. Este papel.

Marquesa. ¿De quién es?

Hoy todo me asusta. Leo.

Lee. «Prima de mi vida: El pintor que «hizo tu retrato, acertó de modo, «que quiero que haga el mio. Un año «ha que mi marido me atormenta por «que se le dé para una sortija, y al «fin me he resuelto á dársela para sus «dias; pero no quiero que lo sepa «nadie mas que los tres. A este fin «iremos á las cinco de la tarde á tu casa de incógnito: él me asegura que «no necesita mas de una hora para «tomar el ayre del rostro, y lo demas «del tiempo lo pasará contigo para «darte gracias tu prima de corazon.»

Petra Hipólita.

El sobrescrito al Page, y vase.

Repres. Estoy yo para aventuras por hoy ciertamente; pero ella para no salir me servirá de pretexto.

Dent. Bar. ¿Está en casa esta Señora?

Marquesa. Dí que está bien, que la espero. Baron, ¿por qué no entra Usia?

Acércale aquí un asiento. *al Page y vas.*

Bar. Aguardaba la licencia.

Marquesa. Sois de este quarto muy dueño.

Bar. Aquí me teneis á todo quanto ceda en vuestro obsequio.

Marquesa. ¿Cómo estais?

Bar. Bueno, Señora. *se sientan.*

Marquesa. Hablad formalmente. ¿Bueno?

Bar. ¿Por qué me lo preguntais segunda vez? No lo entiendo.

Mar.

Marquesa. Yo lo sé todo, Barón:
que Don Quintín de Acevedo,
que ha sido testigo, me
lo ha contado por extenso,
y os llamo para decirlos
mi justo resentimiento.

Bar. Pues supuesto ya, Señora,
que él os reveló un secreto,
que pensaba por mi vida
sepultar en el silencio,
no condeneis mi conducta,
sin escucharme primero.

Marquesa. Dudo que encontréis disculpa,
y estoy:- *Bar.* ¿Puede yo hacer menos,

Señora? ¿Cuál es el hombre
de forma, que aun no teniendo
interés por una Dama,
en qualquiera lance de estos
no se acalora, y defiende
su opinion y sus respetos?
Ved qué hará el que sea testigo
de que un fatuo está ofendiendo
el honor de la persona
mas digna en el universo
de aplauso, y que mas estima
el propio que lo está oyendo.

Marquesa. Conozco vuestra grandeza
de ánimo; pero no puedo
aprobar vuestra conducta,
ni perdonar que un sugeto,
de la importancia que vos,
me comprometa en el riesgo
de ser fábula de todos.

Bar. Yo solo hice lo que debo;
otro en mi lugar haría
mas quizá, y con mas estruendo.

Marquesa. ¿Y qué mas pudiera hacer?

En fin, ya pasó; yo cuento
con vuestro juicio y prudencia,
y la gratitud no niego
que debo á vuestro valor.
Mas no tendré que deberos
si me faltaseis:- *Bar.* Señora,
¿y de mí podreis creerlo?

Marquesa. No, que para dudar de
vuestro pundonor os creo
amigo muy generoso,
y amigo no de estos tiempos.

Bar. Ese título, señora,
me lisonjea; y contento
de haberle logrado, á él
limitára mis anhelos,
si mis cuidados y finas
ansias no me hubieran puesto
en precision de esperar
aun mas de lo que merezco.
Sí, Marquesita, yo os amo,
vos lo sabéis, y me tengo
por el mas infeliz hombre
de todo el mundo, si vuestro
corazon no corresponde
al mio, como apetezco.

Marquesa. Esa confesion tan clara
da sobrado fundamento
á sorprenderme; y si yo
os estimara algo menos,
solo os respondiera para
no volver jamas á vernos.
Conozco que pretendéis
exigir muy pronto el premio
del peligro á que por mí
poco há os habeis expuesto.

Bar. Señora, eso es confundirme.
¿Me teneis en el concepto
de tan cobarde? *Marquesa.* No, yo
os hago justicia, y esto
de las ansias y cuidados
que ahora declarais os cuesta,
días há pude advertirlo,
si no pude agradecerlo.

Bar. ¿Y por qué?

Marquesa. Porque ligada
yo con los lazos perpetuos
é indisolubles, las leyes
solo del honor atiando,
y es fuerza sea insensible
á la voz de otros afectos.

Bar. ¿Ahora citais esas leyes?
Si hicieran todas lo mesmo,
fuera la vida insufrible.

Marquesa. Ese es un moral muy nuevo
para mi oído, que nunca
supe, ni saberle quiero.
Yo soy muchacha, y no soy
insensible, lo confieso;
mas mi sensibilidad,

mi edad, y algun mal consejo,
nunca podrán distraer
mis errados pensamientos.

Bar. La confesion de mi amor
os irrita, ya lo veo,
señora, y por mi desgracia
me aborreceis.

Marquesa. No por cierto,
señor Baron, y estoy tan
distante de aborreceros,
que os estimo; y mas diré,
que si alguna vez mi pecho
llega á inclinarse, serán
las muchas pruebas, el tiempo,
y una habitual confianza
de la intencion del sugeto,
las que la eleccion disculpen,
ya que no puedan el yerro.

Bar. Bella Matilde, me dáis
la vida, pues á lo ménos
me queda alguna esperanza:
permitid que á los pies vuestros
rendido:::- *de rodillas.*

Marquesa. ¿Qué es lo que haceis?
Se levanta enfadada.

Ved que con tales extremos
solo podreis conseguir
desde hoy mi aborrecimiento.

Bar. Antes de exponerme á él
diera mil vidas. *Marquesa.* Yo creo
que os he dicho mucho mas
que era razon; y callemos,
pues miro que vuelven ya
las amigas.

*Salen Doña Jacinta, Doña Laura, y
Don Quintín.*

Los tres. ¡Bueno, bueno!
Doña Jacin. ¡Los dos mano á mano, lindo!
y el Baron está suspenso,
y triste. ¿Le has regañado?

Doña Lau. Si lo mereció, bien hecho.

D. Quint. El se sabrá disculpar;
no hay por qué compadecerlo.

Doña Jacin. Venimos de hacer, Marquesa,
los mas bonitos empleos
del mundo; y aunque de prisa,
allí escogidas te dexo
tres batas de los colores

de última moda, y muy bellos.

Marquesa. ¿Qué colores son?

Doña Jacin. La una
es de color de escremento
de ánade; la otra color
de calabacín relleno;
y otra mezcla de puzó,
verdolaga, y caramelo.

Doña Lau. Ayer llegaron de Francia.

D. Quin. Se chupará usted los dedos
al verlas. *Doña Jacin.* Ya he prevenido
que te las trayga un mancebo.

Doña Lau. Yo he tomado los iguales
con tener ménos dinero
que tú.

Doña Jacin. Madama Chonchon
es la única que tenemos
aquí de buenos surtidos.

D. Quin. Y barata, en conociendo
que la han de dar lo que pida.

Doña Jacin. No es cara: mira en seiscientos
reales qué hebillas, y tienen
de plata mas de tres pesos.

*Sale un Criado con una servilleta al
hombro.*

Criado. La comida está servida,
señora. *Marquesa.* Al instante iremos.

Doña Jacin. Quanto ántes, porque yo
tengo un hambre que me pelo.

D. Quin. ¿Terreis duendes en los cascos,
Baron? Hoy y no es día de eso,
hombre.

Doña Jacin. Viva la alegría.
¿Qué falta nos hace el necio
del Conde? Y tú, mi Marquesa,
pierde de una vez el miedo,
y haz quanto te dé la gana,
como las demas hacemos.

D. Quin. Viva ese corazonazo:
nuestra capitana á ellos.

Doña Jacin. A fe de muger de honor,
me hallo de tan placentero
humor hoy, que soy capaz
de embromar al universo:
vamos, niña, que es preciso
celebrar con vino y versos
el día feliz, que vuelves
á salir del cautiverio.

Bar.

Bar. Vamos señora. *Entranse de tropel.*

Marquesa. Id entrando,
que ya os sigo. ¡Justos Cielos!
reflexiva y ap.
Nada deseaba mas
que la libertad; y advierto,
que en ella mi corazón
está mucho mas inquieto.

ACTO TERCERO.

Sin acabar la música del entre-acto sale el Marques pensativo, y se tira en una silla de brazos. Poco despues sale Anselmo como temeroso; luego que le ve se levanta el Marques, cesa la música, y le dice:

Marq. ¿Dónde está Matilde? ¿Qué hace?

Ansel. Señor, aun está en la mesa
con algunas gentes.

Marq. ¿Dónde
están comiendo? Ansel. En la pieza
del norte, que está al jardín.

Marq. Basta. Una silla me acerca,
se sienta.

y aguardate. Bien lo habia
yo previsto en mis ideas,
que tendría una muger
como muchas. No me queda
ya recurso, ni aun la duda
de ser mi desgracia cierta.
Yo me veo combatido
de cien pasiones diversas.
¿Serán aborrecimiento,
que ya tengo á la Marquesa?
Eso no; porque la amaba
mucho para aborrecerla.
¿Serán celos? No: conozco
demasiado su entereza
y honestidad, para que
tan fácilmente la ofenda...
¿En qué confusion estoy!
Dadme, Cielos, resistencia.

Ansel. ¡Ay, señor amado! ¿Quién
habrá que no os compadezca?
¿Si supierais el desorden
que en toda la casa reyna
desde esta mañana! Los

criados que se reserva
mi señora, con los vuestros,
por todo riñon y altercan.
Unos gritan, otros lloran,
otros callan, y desprecian
la comida; otros la cogen
sin servir, y se la llevan.
¿Qué destrozo de viandas,
de postres, y de botellas!
Aun á mí propio, porque
iba á tomar de la mesa
del repuesto dos perdices,
que habian sobrado enteras,
un lacayo de mi ama
me dió en la mano derecha
con el corte de un cuchillo,
diciendo con desvergüenza:
Suelte usted, y con las sobras
del ama nunca eche cuentas.
¿Qué confusion! ¿Qué desorden!

Marq. ¡Pues aun es una ligera
imagen de la que tengo
dentro de mí! Ten paciencia,
que yo mandaré mañana
á todos que te obedezcan,
y respeten como es justo.
¡Ah, Matilde! Tú que eras
tan digna de ser dichosa,
¿por qué quieres indiscreta
que unidos no lo seamos?
Yo creí que una fineza
constante, que una amistad
viva, y una complacencia
carifiosa, y sin exceso,
hiciesen feliz y eterna
nuestra union. ¡Vanos proyectos!
¡Ah! ¡qué fácilmente yerra
el hombre en sus prevenciones,
si el Cielo no las gobierna!

Ansel. Don Leonardo viene.

*Sale D. Leonardo de vestido serio de-
cente, y el Marques se levanta, y arro-
ja en sus brazos. Anselmo se retira.*

Marq. Amigo,
ya tienes en tu presencia
al hombre mas desgraciado,
que has visto sobre la tierra,
y aun el mas inconsolable.

D. Leon. Ya vengo en inteligencia,
querido Marques, de todo;
y he vuelto sobre mí apénas
del pesar, y admiracion
á que me obligó tal nueva,
quando vengo á acompañarte,
y á participar tus penas.

Marq. ¡ Ah, Leonardo ! tus consejos
son causa de que las tenga.

D. Leon. ¿ Te atreves á hacerme cargo
de tan mal fundada queja?

Marq. Perdona, querido amigo.
Yo habia creído que en fuerza
de tu opinion, ocultando
en mi parte de la inmensa,
de la excesiva pasion
que tenia á la Marquesa;
que en dominando el delirio
con que amaba su belleza,
seria mas segura, mas
firme su correspondencia:
¡ mas qué frívola esperanza!
Ella lo creyó tibieza,
y de todos mis desvelos
fué premio la indiferencia,
á que sucedió el disgusto
y escándalo en que me encuentras.

D. Leon. Tranquilízate, que el mal
con dulzura.

no es incurable. *Marques.* ¿ De veras?
ansioso.

¿ Mas qué remedio haber puede,
ni qué mas que hacer me queda?
Mi gusto, mi estimacion,
y desatino por ella
han sido públicos. Mas.
La he disimulado aquellas
distracciones disculpables
en su edad, y su viveza.
Yo no he empleado otros medios
que la dulzura con ella,
y mis buenos procederés,
deseoso de atraerla
á mí; pero no bastaron.

D. Leon. Pues aun ménos conseguieras
con reprehensiones, enojos,
amenazas, y violencias.
Modérate tú, que yo

conozco á nuestra Marquesa:
y los principios que tiene
de educacion, la pureza
de su espíritu, y el justo
modo con que siempre piensa,
confío que brevemente
mejorada te la vuelvan.

Marq. No me lisonjeo. Nave
que sin norte y experiencia
á los peligros del golfo
se abandona á toda vela,
¿ cómo ha de poder librarse
de escollos, y de tormentas?

D. Leon. Antes de que le conozcan
varios al mundo se entregan;
mas luego que le conocen,
huyen de él, y le desprecian;
que alumbrada la razon,
entónces obra mas cuerda.

Marq. Pero sin conocimiento
del mundo, una muger bella,
muchacha, graciosa, y rica,
¿ cómo ha de hacer resistencia
á las continuas lisonjas,
á la seduccion perpetua,
y á las aficiones de
su propia naturaleza?

D. Leon. Ella conocerá pronto
la insipidez y molestia
de los placeres que busca:
la locura de las hembras,
la vanidad de los hombres,
y la falsedad perversa
de los unos y los otros:
de suerte, que quando vuelva
virtuosa, su virtud
será mas constante y cierta,
porque ya conoce el modo
de conservarla ó perderla.
Así espero que Madama
ha de volver; pero cuenta,
no te afanes por buscar
un corazon que ella mesma
debe traer á tus manos.
Dala lugar á que venga,
que ella vendrá, y puede ser
mucho ántes que tú piensas.

Marq. Querido Leonardo mio,

¡ ah!

¡ah! qué bien me lisonjeas;
pero conozco que son
todas astucias discretas
para evitar los furiosos
efectos de mi impaciencia.

D. Leon. Te hablo con sinceridad,
y mis discursos esperan
que el tiempo los justifique.
Lo que pretendo es, que creas
á un amigo que te ama:
todo á mi arbitrio te entrega:
dexa que yo te gobierne,
y vente conmigo: esta
casa te acuerda el motivo
del dolor, y le acrecienta:
ven adonde le disipes,
le calmes, ó le diviertas.

Marq. Es imposible. *D. Leon.* Perdona,
que como tú me prometas
dexarte curar, yo tomo
tu enfermedad á mi cuenta.

Marques. Ya me abandono en tus brazos,
como que ya no me queda
otro arbitrio.

Don Leon. ¿Anselmo? *Sale Anselmo.*
Marques. ¿Anselmo?

Don Leon. Trae un sombrero qualquiera
á tu amo, y un baston.

Marques. Y trae la espada. *Vase Anselmo.*

Don Leon. Es superflua:
y vámonos, que mi coche
está con tiro á la puerta,
nos esparciremos ambos.

Marq. Vamos á donde tú quieras,
amigo. Yo lo consiento:

Saca Anselmo sombrero y baston.
daca; pero quando intentas
aliviarme, de mí propio
me arrancas á toda fuerza.

*Vanse, mirando el Marques al quarto de
su muger con ansia.*

Anselm. Pobre amo del alma mia.
El morirá de tristeza,
y yo de verle penar.
Ayer; qué delicia era
verlos alegres y unidos!
y hoy no hay parte adonde vuelva.
los ojos sin afligirme.

Sale la Marquesa. ¿Anselmo, pues á qué en-
aqui? ¿Cómo no acompañas (tras,
al Marques? ¿Por qué le dexas?

Anselm. Ha venido Don Leonardo,
y acaban de salir fuera
los dos juntos. ¡Ah, Señora!

Marquesa. ¿Qué dices? ¿De qué te quejas?

Anselm. Si ahora le vieseis, yo sé
que á compasion os moviera.
En su gabinete ha estado
toda la mañana entera,
sin vestirse ni peynarse:
no comió, ni durmió siesta.
Ya mira vuestro retrato,
y suspira: ya se sienta,
ya anda, ya llora, ya calla,
ya habla, sin que se entienda:
y temo, como esto dure,
que pare en una demencia.

Marquesa. Basta. Vete de aquí, Anselmo.

A la puerta el Bar. ¿Estais ocupada?

Marquesa. Venga,
venga acá, señor Baron.

Ansel. ¿Cómo me tratan! paciencia. *vase.*

Marquesa. Yo quiero absolutamente
me manifesteis; qué idea,
qué ilusion se ha apoderado
de vos mas ha de hora y media,
y os tiene triste y confuso?

Bar. No es difícil conocerla,
y mas para vos, Señora.
Despues que ya os tengo hecha
declaracion de mi amor,
¿puede haber duda que os quepa
del estado de mi alma?

Marquesa. Difícil es que os entienda.

¿Qué es lo que quereis decir? *dudosa.*

Bar. Que mi genio no tolera *serio.*
mucho, y le estais exponiendo
á las mas crueles pruebas.

Marquesa. ¿Quién? ¿yo?

Bar. Sí, Señora, vos.

Y las atenciones vuestras
por el señor Don Quintín,
las miradas en la mesa,
el cuidado de servirle,
y otras muchas complacencias,
ya me han hecho abrir los ojos

mas

mas de lo que yo quisiera.

Templada.

(do?)

Marquesa. Y en fin ¿que habeis penetrado?

Bar. Que es la muger una fiera, fuerte.

es un tirano que á todos á su imperio los sujeta, solamente por hacernos esclavos de su soberbia; é idólatra de sí misma, hace de nuestras flaquezas una diversion, y un triunfo del infeliz que atormenta.

Marquesa. Os deban dar muchas gracias las mugeres que lo sepan; *con ironía.* y admiro la apología.

Pero hablando ya de veras, ¿qué es de lo que os quejais?

Bar. En mí, Señora, no hay queja; pero veo sois lo propio que las demas petimetras de vuestro siglo. *Marquesa.* Si hubiese yo dado lugar, creyera que andan un poco los zelos *templada.* con vuestro discurso á vueltas.

Bar. ¿Un poco, Señora! ¡un poco! El hombre que á amar se entrega fuerte. enteramente, no puede jamás ser zeloso á medias.

Marquesa. Sosegaos, Señor Baron; y decidme con franqueza: *pacífica.*

¿os ha dado Don Quintín alguna sombra ligera de cuidado? *Bar.* Permitidme, que á repetirlo me atreva.

Yo vivo para vos sola; y si igualmente me fuera vuestro corazon sensible, ¿qué os importa toda esa tropa de gente importuna?

Marquesa. ¿Aun no teneis quien ofrezca, y ya exígis sacrificios?

Bar. ¿Y por qué no? Si supierais amar, os costáran poco: yo lo juzgo por mi misma pasión. Exigid, Matilde, de mí quantas experiencias gustareis, por mas penosas, por mas terribles que sean,

vereis si mi corazon se resiste ó titubea.

El gusto de complaceros sería mi recompensa, y todas las privaciones para mí serian fiestas.

Marquesa. En realidad lo creéis así, pero es apariéncia; *con floxedad.* cada privacion parece separada, llevadera; pero muchas juntas, luego se resisten, ó se dexan: os fatigaraís muy pronto con la continuacion de ellas; y el deseo que mas logra, tiene ménos permanencia.

Bar. ¿Qué me dexa que dudar lo frio de tal respuesta? Dignaos solamente de disuadirme las sospechas que me originan las dudas espantosas que me cercan.

Marquesa. Amigo, los sacrificios de las hidalgas finezas, se hacen en el corazon, y el silencio los reserva. El amor propio los quiere solemnes, y que se vean: las victorias que consigue poco su corazon llenan, sin los públicos honores de los triunfos que celebra: y esto es á lo que aspirais.

Bar. ¿Y el hablar de esa manera es amor? ¿Pero qué digo?

Concluyamos la materia, señora. *Marquesa.* Muy bien.

Bar. Yo os amo con la inclinacion mas cierta y firme por mi desgracia; y por daros una prueba, sacrificára mil vidas, y mil almas que tuviera; pero Quintín, Don Leonardo, el Conde, todos me inquietan. Yo no respondo de mí, si vuestro quarto frecúentan; con que si me estimais, nada,

nada puede haber que os sea
mas precioso que mi gusto
y tranquilidad. *Marquesa.* Es seria
la proposición: ¿con qué
para destruir vuestras quejas,
es preciso que yo haga
una renuncia completa
de todo, si no de vos?

Bar. Si Señora, es una tema,
ó una debilidad mía,
y la inquietud que me altera,
tambien podrá ser locura;
mas ¿cómo es fácil que pueda
yo tranquilizarme, en viendo
que todos quantos os cercan,
tanto como yo, ó quizá
mucho mas os interesan.

Marquesa. ¿Con qué reconocimiento
os debo vivir desde esa
misma hora! Si, Baron;
pues vuestro genio me enseña,
que no se dá esclavitud
comparable con aquella,
en que un amante zeloso
nos domina, y nos estrecha.

Bar. ¿Yo os hago esclava, Señora?

Marquesa. Basta ya de controversias.

Vos me sacais de un error,
que es difícil que me vuelva
a alucinar. Sed mi amigo,
si podeis serlo: no os queda
otro titulo en mi casa,
y aun este por conseqüencia.

Bar. ¡Cruel! Vos quereis mi muerte.
¿Pues qué crimen me condena?

Marquesa. Estimaros mucho, y
no estimarme á mí de veras.

Bar. Juro... *Marquesa.* No jureis, que ya
conoci vuestras ideas.
Los zelos en vos son vicio
de carácter, sin enmienda;
y quitandoos la razon
de ser zeloso, por fuerza
habeis de dexar de serlo.

Bar. Si quedais tan satisfecha
de conocer mi carácter,
dexad que me desvanezca
tambien de haber conocido

yo el vuestro: que la entereza
de una alma fiel y sencilla
como la mia, se acuerda
difícilmente, ó tal vez
nunca, con la ligereza
de vuestros caprichos. Solo
un Conde del Rollo, era
el hombre que os convenia,
y yo he sido un necio en esta
ocasion, pues de otro modo
pudeis: *Marquesa.* Contened la lengua,
y no acabeis el discurso, *fuerte.*
Baron. Idos allá fuera,
ó si no yo me iré por
evitaros la vergüenza
de aparentar un obsequio
para hacer muchas ofensas.

Bar. Ya me voy: á Dios, Señora;
y me voy con la protesta
de no volver en mi vida
á daros otra molestia. *Vase.*

Marquesa. Ved los hombres. ¡En que abis-
pobre de mí, sin cautela, *(mo,*
me iba yo á precipitar!
¿Me dió la bondad suprema
un corazon tan flexible,
solo para que le hiciera
yo la diversion de un tonto,
ó la víctima perpetua
de un zeloso? ¡Ah! ¡Quánto mas
merece la indiferencia
simple del Marques! y en este
caso, yo la preferiria.

A la verdad es un sabio,
que no hay cosa que le mueva,
ni le altere en este mundo;
pero él me amaba de veras:
y si una contradiccion
me hacia, con qué nobleza,
qué agrado, dándome mil
satisfacciones á cuenta...
y esto, siendo mi marido.
¡Qué notable diferencia!...

pasando serio.

Bar. Señora, á los pies de Usia,
y perdonad mis molestias. *Vase.*

Salen los de la comedia.

Doña Jac. ¿Qué es esto? ¿Qué te ha pasado
con

con nuestro Baron, Marquesa?
que acabamos de encontrarle
tan turbado, y tan de priesa,
que pasó junto á nosotros
sin saludarnos siquiera.

Marquesa. No sé, será algun vapor,
que se disipará apénas
le dé el ayre. *Doña Jacint.* No lo creo:
tú le has hecho alguna y buena,
porque él salia furioso.

Marquesa. Hay días que se le altera
la bilis, y este será uno.

Doña Jacin. Puede ser: mas no se llega
nunca á exáltar á ese punto
sin motivo que la impela;
y sin duda has sido tú
el impulso. *Marquesa.* No lo creas:
Don Quintin, parecè que
es la causa manifesta
de su desesperacion.

Don Quin. ¿Yo lo soy? ¿De qué manera?

Marquesa. Porque se ha escandalizado
de que os mirara diversas
veces yo, y con vos tuviese
conversacion en la mesa.

Doña Jac. Pues eso no tiene precio. *riyénd.*

Don Quin. Le conozco esa flaqueza,
y es tan animal, que quando
ve á una muger, y se empeña
en amarla, es capaz de
volverse loco por ella.

Doña Jacin. Yo nada extraño, y así,
desde luego dixe á esta,
no era para tí San Telmo.

Doña Laur. ¿Con que es zeloso de veras?

Don Quin. Como un tigre: no ha ocho días
que rompió con una bella
dama que amaba en extremo,
y no sin correspondencia,
porque al perro de un amigo,
que iba con él, hizo fiestas.

Doña Jacin. Ese es mucho frenesi,
Señores... Pero Marquesa,
van á dar las quatro, y
hoy tenemos funcion nueva
en el corral de la cruz.

Doña Laur. Si quieres venir á verla,
mi aposento está á tus pies.

Doña Jacin. Yo á todo quanto tú quieras
estoy lista, y el Señor
es necesario que venga
tambien. *Marquesa.* Yo, amigas no puedo:
idos muy enhorabuena,
porque aguardo á una persona.

Doña Jac. Alguno... ya; no me seas
gazmoña. Vamos, compadre,
que puede vuestra presencia,
como ha irritado al Baron,
inquietar á otro qualquiera.

Marquesa. Te engañas mucho, Jacinta.
Bien al contrario. Me hiciera
el Señor un beneficio
en quedarse. A una parienta
aguardo, que pasar debe
conmigo la tarde entera,
y terciando con las dos
seria ménos molesta.

Don Quin. Será para mí, Señora,
la dicha mas lisonjera.

Marquesa. Si habeis dado en otra parte
palabra, nada os detenga.

Doña Jacin. A Dios hermosa, y á fe
no voy de tí muy contenta,
que estás aun muy en bosquejo,
y á todos los desesperas.

Doña Laur. Ya que al Señor te dexamos,
ten un poco de indulgencia
á lo ménos con el pobre,
que bien necesita de ella.

Doña Jacin. El es algo tonto; pero
es mozo de buenas prendas.

Don Quin. Señora, en verdad...

Doña Jacin. No hay que
replicar; y si se acuerda
de las que me debe, no
extrañe que se las vuelva.
¿Me habeis entendido? Vamos.

A Dios, querida Marquesa.
En paz, amigo; y cuidado,
que el lance quiere destreza.

Doña Laur. A Dios, hija... *Vanse las dos.*

Marquesa. Agur, amigas.

Deseando que se fueran,
estaba... *D. Quin.* Yo mucho mas.

Marquesa. Para respirar siquiera
un rato. *D. Quin.* Yo, por deciros,

que

que aun no sabeis lo contenta
que podeis estar de haberos
librado de las simplezas
del Baron. *Marquesa.* Mejor lo sé
que vuestro juicio lo piensa.

D. Quin. ¿Qué habiais de hacer de este
con la cara macilenta, (hombre
moralizándonos siempre,
arguyendo por sistema,
y presumiendo de sabio?...
¡Y aun esto se le pudiera
perdonar ; pero zeloso!
¡Querer que no seais atenta!
¿Y conmigo? Eso es muy fuerte,
y demasiada soberbia.

Marquesa. ¿Qué mal hombre! ¿qué carácter
tan imperioso! A qualquiera
muger hará desgraciada.

D. Quin. ¡De él á mí qué diferencia!
No tengo, gracias á Dios,
cosa que se le parezca.
Yo no sé mas que dos cosas,
ni necesito otra ciencia:
divertirme , y divertir
á quantos se me presentan.
Conozco el mundo , y sé que
la constancia , y las finezas
adormecen los placeres;
y que solo los despierta
el capricho , con el vario
ruido de sus vagatelas.

Marquesa. Tambien he observado yo,
que á veces la displicencia
procede de la igualdad
en el carácter. *D. Quin.* Por esa
razon , yo estoy en el ayre
siempre. ¿ Yo pasiones serias?
Guarda. La coquetería
es , segun plumas modernas,
y mi observacion , el alma
de la sociedad ; y en prueba,
la dama que da en ser fina,
á largo tiempo nos seca:
con que es preciso haya otra
que á un hombre le restablezca,
y lo mismo por nosotros
las señoras , vice-versa.

Marquesa. Conmigo podeis al fin

hablar con toda franqueza.

D. Quin. Eso es lo que yo deseo,
y lo que yo busco cerca
de una dama , hablar de todo,
y que se toquen materias
en que combata ; y si es
posible , que se defienda.

Marquesa. ¿Si es posible? Ese discurso
mucha vanidad demuestra.

D. Quin. Nadie lo es ménos que yo,
y vivo en inteligencia,
que no me buscan por mí,
sino es por mis excelencias.
Yo tengo un grande talento,
yo he nacido con nobleza,
yo tengo una gran figura,
yo tengo famosas rentas,
y tengo espíritu lleno
de gusto y magnificencia.
Mas como estas calidades
sobresalientes no pueda
yo habérmelas dado á mí,
no me alabo de tenerlas.

Marquesa. Cierito, señor D. Quintin,
con ironía.

que encanta vuestra modestia:
aunque en vos un poco ménos
de disipacion quisiera.

D. Quin. ¿Quereis hacer un prodigio
conmigo ? Pues vámos : ea,
hacedme cuerdo de un golpe.

Marquesa. Creed que como pudiera
no apeteciera otra cosa
mejor ; mas decir os resta,
en qué consiste el prodigio.

D. Quin. En un ápice , Marquesa.
Entrambos somos muchachos:
yo soy amable, vos bella:
vos teneis sobradas gracias:
yo una figura estupenda:
tambien de nuestros humores
hay semejanza perfecta,
con que... *Marquesa.* ¿Qué?

D. Quin. En una palabra:
yo siento que amor me lleva
hácia vos , y no podeis
hacer cosa mejor hecha,
que sacrificarme toda

D

la

la dulce libertad vuestra.

Marquesa. Pero, señor, si sintieseis de amor la llama violenta por mí, como asegurais, y es difícil que yo crea, ya estuviera hecho el prodigio; que amor, por su virtud mesma, os habría dado cordura.

D. Quin. Pero no, señora. Es fuerza ser justo. Yo por el vuestro me aparto sin resistencia de todos los corazones que hasta ahora he rendido: pierda ó gane, esta es una suerte del juego, y quiero exponerla. Pero hay un cambio que hacer, señora; porque en conciencia no me podeis obligar á una renuncia completa de las diversiones, ni al abandono de aquellas cosas, á que acostumbrado estoy por naturaleza.

Marquesa. ¿Creeis, por haceros cuerdo, que habia yo de ser necia? ¿Y habeis pensado igualmente lo que á una muger estrechan sus mismas obligaciones, el honor, y la tremenda fidelidad conyugal?

D. Quin. ¡Oh, qué escrúpulos, Marquesa! ¿Sabeis lo que es el honor? Es una gran friolera para mí, y para otros muchos que son de mi propia escuela.

Marquesa. ¡Y se sufren unos hombres, admirada.

que así hablan y aconsejan! Señor D. Quintin, yo empiezo á dudar mucho de nuestra semejanza en los humores; y conozco por la bella definicion que os he oido, que pasaríamos penas insufribles los dos para combinar nuestras ideas: y si para corregiros el juicio no hay mas receta,

la cura es muy arriesgada, y yo no me encargo de ella.

Sale Luisa. Señora, un hombre decente con una capa de seda, y que debaxo del brazo trae una caxa encubierta, pretende veros: le he dicho diez veces, que ahora no era ocasion; pero él insiste en que ha de hablaros por fuerza.

Marquesa. Sin duda este es el pintor, *ap.* de que ya me avisó Petra Hipólita. Voy á verle, y á conducirle á la pieza mas reservada. No os vais,

á Don Quintin.

que pronto daré la vuelta.

D. Quin. ¿Os sigo, señora?

Marquesa. No, que el caso pide reserva. *Vase.*

Luisa. En esto hay algun misterio, que no quieren que yo sepa; y él es el pintor que hizo á mi ama, segun las señas, el retrato, habrá seis meses; pues yo tengo la sospecha de que va á hacer otro, y esto me va ya oliendo á canela. *tes?)*

D. Quin. ¿Qué estás hablando entre dientes?

Luisa. Ni entre dientes, ni entre muelas hablo: se equivoca Usía.

D. Quin. ¿A mí te vienes con esas? ¿Misterios conmigo, he?

A tu edad de primavera, y con esos ojos, yo te permito que los tengas.

Luisa. ¿Se burla Usía de mí?

D. Quin. No por mi honor, hechicera.

Y es preciso ser tu ama, ó muy vana, ó muy modesta, para tener á su lado una criada tan bella.

Luisa. Usía quiere reirse un ratico á mis expensas, segun yo veo; pues vamos, prosiga la cantinela.

D. Quin. Te juro que no: tu ama es bonita y petimetra;

pero tiene ella ese ayre tan fino, esa gentileza, esa estatura de dixe, ni esos ojazos de guerra? Eso solo habia de estar destinado á la nobleza.

Luisa. Reservad para mi ama, Caballero, esas finezas, y advertid que vendrá pronto.

D. Quin. Puede ser que se detenga. Mira, Luisita, si todas las criadas de aquí fueran como tú, todas las amas de Madrid se caian muertas.

Luisa. ¡Ay, señor! Esas dulzuras no están á mi cuerpo hechas, regáleselas Usía á otra que mejor le vengan.

D. Quin. Te vuelvo á jurar que no.

Luisa. Caballero, Usía no piensa en que mi ama puede oirlo, y diria::: *D. Quin.* Calla, necia.

Al paño la Marquesa.

Esta es mucha confianza:

Va á salir, y se detiene.

oigamos, sin que me vean.

D. Quint. ¡Bueno! Si tu ama lo oyese rabiaria, y me riñera mucho; pero ¿qué me importa? Esa muger no me peta de modo alguno, y así se me da muy poco de ella.

Demás, tiene unos caprichos aforrados en tristeza

y extravagancia, capaces de aburrir á quantos tengan el mal gusto de tratarla:

como tomarse la pena de apartarse del marido, para vivir con prudencia y estimacion en el mundo...

pero ahora estamos de priesa. Para esta noche te cito, querida Luisa, á la puerta del Jardin, que yo vendré á eso de las doce y media.

Luisa. (¡Gran picaro!) ¿Y qué seria de mí, Señor, si nos vieran

hablar tan tarde?

D. Quin. También lo ha previsto mi cautela, y puedes tranquilizarte; pues todas las contingencias que ocurriesen se pondrian á cargo de la Marquesa.

Luisa. ¿Y la opinion de mi ama?

D. Quin. Muger, no tienes cabeza.

¿La opinion de tu ama! Ché: toma, se pondria tan hueca de que el mundo la aplicára un sugeto de mis prendas por cortejo.

Sale la Marquesa. No, Señor.

No quiero deberos esa obligacion en mi vida.

Luisa. ¡Ay desdichada! *gritando, y confusa.*

Marquesa. Y sintiera tomaseis tantos cuidados por la difícil empresa de establecer en el mundo mi opinion de calavera.

D. Quin. Señora... sí... pues...

Marquesa. Ya es mas que osadia, desvergüenza replicarme. Id noramala, y agradecedme que os vuelva la espalda, por evitaros no el rubor, sino la afrenta de ver mi rostro, despues de oiros tantas baxezas.

D. Quin. La confusion me embaraza los pasos. *tartaleando.*

Marquesa. Pon en la puerta á ese Caballero, Luisa.

Luisa. Por aquí... todo me tiembla. *torpe.*

Marquesa. Vete allá adentro.

Luisa. Señora...

Marquesa. ¿No te vas?

Luisa. La hicimos buena. *Vase.*

La Marquesa sola, paseándose, y deteniéndose como asombrada.

Marquesa. Dios mio, ¿es este el mundo, y estas las gentes que por ahí celebran? Yo he visto en solo un día todo lo mas amable que de él cuentan. ¿Y qué es lo que he encontrado?

Si la memoria mal no me lo acuerda,
 dos locos, un zeloso,
 y dos mugeres locas y altaneras.
 Quando yo imaginaba
 las cosas que veía tan diversas,
 hallaba á mi marido
 insípido en el trato, y las finezas;
 ¿pero cuánto mas vale
 su insípidez, que sales tan perversas?
 Le tenia por simple;
 ¿pero cuánto mas vale su simpleza,
 que del Conde atrevido,
 y el falso Don Quintin las agudezas?
 Me pareció tranquilo;
 pero pobre de mí, si acaso fuera
 zeloso y temerario
 como el Baron, sin causa, ni evidencia.
 Al fin me amaba poco;
 pero á pesar de toda su tibieza,
 me amaba lo bastante
 para vivir dichosa y placentera.
 ¡Qué insensata que he sido!
 ¿Y será tiempo aun de que yo pueda,
 conociendo mis yerros,
 destruirlos? ¡Inútiles ideas!
 quando tengo perdidas
 la amistad de mi esposo, y la terneza,
 quizá su confianza,
 y al fin su estimacion tan verdadera.
 Aunque, gracias al Cielo,
 solo de una imprudente ligereza,
 tolerable á mis años,
 puede reconvenirme la conciencia.
 ¿Corazon, qué me dices?
 Sí, tú tienes razon: bien me aconsejas.
 Mi marido es muy bueno;
 y no puedo dudar, quando me vea
 confesar el delito,
 que mi arrepentimiento le enternezca.
 Y ahora ¿de qué medio
 podré valerme para que le sepa?
 ¿Llegaré á los amigos?
 ¿Y en el mundo hay alguno que lo sea?
 Además, que es muy duro
 confiar de las gentes mas discretas,
 y de mas confianza,
 aquello que una misma se reprueba.
 Un papel... ¿Y qué puedo

decir en él que su razon convenza?
 Irme yo en derechura
 á sus brazos... tampoco. Voy expuesta.
 ¿Qué haré? Cruel ahogo...
 Mas ya veo una luz que las tinieblas
 de mi discurso alumbra:
 quiera el Cielo que no seme obscurezca.
 Yo me acuerdo que Anselmo
 me dixo, que el Marques la vista tierna
 fixaba en mi retrato.
 Un pintor, por extraña contingencia,
 tengo en mi gabinete:
 pues hagamos que en él ponga las señas
 de mi arrepentimiento,
 y el dolor que marchita mi belleza.
 Si todavía me quiere,
 será preciso que se compadezca;
 y si mas declarado
 su rigor esperanza no me dexa,
 evitaré á lo ménos
 del desayre á mis ojos la vergüenza.
 Ya estoy determinada: (mensa
 ¡gran Dios, que ves desde la altura in-
 de tu brillante solio
 de mis nuevos afectos la pureza,
 mis delirios perdona,
 y haz que mis reflexiones permanezcan,
 influyendo á mi esposo
 la compasion, y á mí la fortaleza!

ACTO QUARTO.

*Durante el intermedio, y sin cesar la
 orquesta, pasa Luisa de un lado á otro,
 y salen esta y la Marquesa por
 diferentes partes.*

Marquesa. ¿Está en casa Anselmo?

Luisa. Sí,
 señora, ya le he llamado.

Marquesa. Pues vuélvete al gabinete,
 donde se está retratando
 Petra Hipólita: repite
 la orden á los criados
 de que me nieguen á todos;
 y sobre todo te encargo
 el secreto. *Luisa.* Bien está.

De lindo susto escapamos. *ap. y vase.*
Sale Ans. ¿Señora, qué me mandais?

con

con agrado.

Marquesa. Dí ¿me harás un agasajo,

Anselmo? *Ans.* Señora, nada

deseo como agradaros

y serviros: oxalá

que igualmente que yo os amo,

os amaseis mi amo y vos,

y por quienes, ignorando

quál de los dos es injusto,

tiernas lágrimas derramo.

Marquesa. Quizá todo es culpa mia;

mas no sin remedio el daño.

Oye ahora lo que te digo.

Ya sabes que mi traslado

de medio cuerpo está en el

gabinete de tu amo.

Ans. Y bien que lo sé, señora:

como que es de sus quebrantos

presentes único alivio:

en él los ojos clavados

siempre; suspira de modo

que da compasion mirarlo;

y bien se conoce que

mas quisiera enamorado

decir al original

sus pasiones; que al retrato.

Marquesa. Todo quanto dices, me es

de sumo consuelo, amado

Anselmo, vuelve, descuelga

sin que te vean el quadro

de mi retrato al instante,

y llevámele á mi quarto.

Ans. ¿Yo, señora? ¿pues había

yo de privar á mi amo

de la cosa que en el mundo

hay mas digna de su agrado,

y su amor? Pedidme ántes

la vida. *Marquesa.* Suspende el llanto

y la voz, que mi designio

es quizá bien al contrario:

tráele, y dentro de una hora

puedes volver á buscarlo,

para colocarle donde

estaba: solo te mando

guardes secreto con mi

marido, y con sus criados.

Ans. Sea enhorabuena, señora:

voy á buscarle, que estando

vuestro noble corazon

de virtudes tan dotado,

no habiais de querer darme,

al fin de mis tristes años,

la pesadumbre de ser

el verdugo de mi amo.

Vase.

Marquesa. Fíate de mí... ¿Quizá

yo me lisonjeo en vano!...

Bien que algun presentimiento

dichoso, me está anunciando

que he de salir victoriosa

de mi empresa. No perdamos

el tiempo que es tan precioso,

y yo tengo tan escaso

para un proyecto, de que

ademas de mi descanso,

mi opinion, y mis venturas,

penden muchos desengaños.

de mugeres imprudentes,

y maridos insensatos.

vase.

Vuelve á salir Anselmo con un retrato de

la Marquesa grande en la mano.

Ans. Quiero obedecerla, bien,

que la obedezco temblando.

Como mi amo volviera

en este corto intervalo

estaba perdido. Pero

sin un corazon de mármol

¿quién negára á la Marquesa

quanto le pida? ¿Qué encanto

de hermosura y de virtud

en otro tiempo! No extraño

que pierda el juicio por ella

mi señor! ¿Qué dulce agrado

manifiesta su semblante!

mirando al retrato.

El dia que se casaron

así estaba. Me parece

que aun los estoy mirando

los dos, á qual mas contento,

y á qual mas embelesado...

Pero este tiempo pasó...

voy que me estará esperando.

Vase por donde entró la Marquesa, y por

el otro lado sale el Marques.

Marq. ¿Si estará por aquí Anselmo,

que en parte alguna le hallo?

Al fin me pude escapar,

y

y podré, léjos de tantos
testigos, suspirar libre.

Jamas el día tan largo
me ha parecido, ni tan
molesto el género humano.

Huyamos de él, y busquemos
la soledad de mi cuarto,
que en ella solo estoy bien.

Pero Anselmo, que ha quitado
la llave á la puerta, ¿dónde
estará? Si no me engaño, *sale Anselmo.*
ya viene. Daca mi llave.

Ans. Yo... señor... (Soy desgraciado!) *ap.*

Marq. Daca mi llave, te digo.

Ans. Señor, si yo...

Marq. ¿Qué apostamos
á que la dexaste puesta,
y la tomó algun Lacayo?

Ans. No señor. *Marq.* Dámela, pues.

Ans. Señor, puede ser que acaso
la tomaseis... *Marq.* ¿La pidiera
yo si la tuviese? Vamos...

¿No me la das?... ¿La has perdido?

Ans. No creo... Yo no la hallo,
señor. *Marq.* Pues búscala, hombre,
que me estás impacientando.

Ans. Sin duda yo la perdí.

Marq. ¿Qué mas descuido! ¿De quando
aca los tienes tú? *Ans.* Yo...

Marq. ¿Por dónde entraré en mi cuarto?

Ans. Yo no sé. *Marq.* Rompe la puerta.

Ans. Son muy débiles mis brazos
para eso. *Marq.* Pues que llamen
á un cerrajero volando,
y descerraje. *Ans.* Señor.

Marq. ¿Qué dices?

Ans. Que Don Leandro *alegre.*
vuelve. *Marq.* ¿Dios mio, esto mas!
sin duda siguió mis pasos.

*Sale Don Leonardo alterado, y Anselmo
se retira al fondo del teatro, observando
siempre rezeloso.*

D. Leon. ¿Marques, de este modo cumples
tus palabras? ¿Pues estamos
grandemente! Vamos juntos,
por esparcirte, á pasearnos,
y te cansas: convenimos
en ir á ver otro rato

la comedia nueva, y mientras
á preguntar me adelanto
si hay asientos de luneta,
la pegas, y quando salgo
me encuentro sin tí: te busco,
y al fin me veo burlado.
Bien conocí donde luego
te hallaria, y sin dudarlo
te seguí. *Marq.* Querido amigo,
perdona; pero son vanos
mis esfuerzos, y las gentes
aumentan mis sobresaltos,
pareciéndome testigos
de la turbacion que paso
interiormente, y publican
los ojos, si no los labios.

D. Leon. Yo te creo; mas con todo,
amigo, me causa enfado
que de este modo me burlas;
y es un testimonio claro
tu conducta de que vives
aun de mí desconfiado.

Marq. Leonardo mio, tú eres
el único de quien hallo
tolerable la presencia;
mas mi corazon turbado
é inquieto no ve en tí mas
que un amigo; y su conato,
sus pasiones, otra cosa,
que no encuentran, van buscando.

D. Leon. Dime, ¿quál es?

Marq. Mi muger
es todo mi sobresalto.
¡Ay! Si: quizá en este propio
instante que de ella hablamos,
alguno de esos pulidos
corrompedores malvados,
que son adorno y desgracia
de Madrid, está ocupado
en seducir su inocencia:
y no se obstina en lograrlo,
sino por vanagloriarse
de su triunfo en los teatros
y tertulias... *D. Leon.* ¿Es posible
que te veas dominado
de reflexiones tan falsas,
y juicios tan temerarios?
Ella tiene armas, amigo,

muy

muy seguras en su amparo
y defensa. *Marq.* ¿Quales armas?

D. Leon. Sus costumbres.

Marq. ¡Ay, Leonardo!

tú me tranquilizas; ¿pero
he de estar ya deshauciado
de vivir mas con aquella
que estuve unido con lazo
tan premioso, que la muerte
podia sola desatarlo?

Culpa es mia. Yo debí
oponerme con los sanos
consejos que su imprudencia
ya otras veces sujetaron;
y yo con abandonarla
soy el que la ha asesinado.

D. Leon. No, mi Marques, te equivocas.

Si hubieseis en aquel acto
querido oponerte á ella,
la habrias acrecentado
el deseo de cumplir
el proyecto, que forxando
estaba en su fantasía;
y estaríamos en un caso
quizá peor. *Marq.* Pero, amigo,
yo, del Cielo destinado
para dueño, y para guardia
de sus peligrosos años,
solamente las ideas
de su gusto he consultado,
y los usos. ¿Mas qué importa?
Solo he conseguido en pago
hacerme odioso á su vista,
y el concepto de tirano.

D. Leon. Eso hubiera sucedido,
si te hubieses empeñado
en contrariar sus ideas;
entonces, degenerando
en aversion sus disgustos,
se habrian precipitado
hasta el seno del rencor:
donde hubiera sido el daño
irremediable y eterno.

Marq. Mas viviera consolado
con poseerla á lo ménos,
y mas que esté abominando
de mí: yo siento que no
puedo vivir sin su trato.

Yo quiero verla. *determinado.*

D. Leon. ¿Qué haces? *deteniéndole.*

¿Verla ahora? Ni imaginarlo.

Esa debilidad fuera
un perjuicio declarado.
Si la Marquesa te estima,
como debemos pensarlo,
ella buscará los medios
de reconciliarse; y quando
lo consiga, lo tendrá
por ventura. Y al contrario,
si te aborrece y olvida,
mas engreido y ufano
con tu humildad su amor propio,
haria mas obstinado,
mas soberbio su dictámen:
finalmente, hablemos claro:
la habitual separacion,
y la idea del agravio
que hace á tu amor, te traerán
á un práctico desengaño,
que te conforme, aunque vivas
siempre de ella separado.

Marq. Tú me haces temblar.

D. Leon. Creeme.

Ten paciencia algunos quantos
dias, y haz por dominarte.

Marq. ¿Discurres que está en mi mano?

D. Leon. Vamos.

Marq. Permite á lo ménos
que baxe á ver su retrato.

Ans. ¡Triste de mí! *ap. apresurado.*

D. Leon. Será inútil;
ni lograrás con mirarlo
mas que acrecer tus pasiones;
y por lo mismo me hallo
en precision de apartarte
del camino de tu estrago.
Vámonos.

Marq. Déxame, amigo.

Leon. Eso no; y ántes te hago
un solemne voto de
no dexarte abandonado
á tí mismo en la infeliz
situacion que nos hallamos.

Marq. ¿Lo quieres así? *D. Leon.* Es preciso.

Marq. Pues si tú lo mandas, vamos;
que por la última vez

quie-

quiero seguir tus mandatos.
Solo me queda un partido
que tomar para descanso
mio. *D. Leon.* ¿Cuál? *Marq.* Ya le sabrás
despues que le haya tomado. *Vans. los 2.*

Ansel. No he salido de mal susto.

Felizmente Don Leonardo
se llevó al Marques; si no
al fin me hubiera obligado
á llamar al cerragero;
y al hallarse con el chasco,
¿qué hubiera sido de mí?
Todavía estoy temblando
del susto. Vamos corriendo
á....

Trayendo el retrato, como dirá luego.

Sale Luisa. D. Anselmo, este quadro
os envia mi Señora.

Anselm. ¿Cómo? Este no es mi retrato.

Luisa. Ya se ve que no es el vuestro;
ni yo por tal os le traygo,
sino por el de mi ama.

Ansel. Este no es el que la he dado
poco há. *Luisa.* Ya lo sé; pero
el que me manda entregaros
es ese mismo. En todo
lo demas ni entro, ni salgo.

Ansel. Mi ama tenia un rostro
risueño, adornaba un Mayo
de varias flores su pelo;
y este otro está desgreñado,
y los ojos y el semblante
sumergidos en el llanto.
Yo no quiero esta pintura;
vuelve á llevarla. Mi amo
está ya bastante triste,
y es ocioso le pongamos
imágenes lastimosas
á la vista. Ve á llevarlo
á donde estaba ese mueble,
y vuélveme mi retrato.

Luisa. Que obedezcais y calleis
solamente es lo que os mando
en nombre de mi Señora.

Ansel. No mintieron los presagios
de mi corazon. Al fin,
si es forzoso conformarnos
con las desgracias del día,

callemos y obedezcamos. *Vase.*

Sale la Marquesa desgreñada, descolorida, llorosa, y sin adornos, igualmente que se ha visto desfigurada en el retrato.
Marquesa. ¿Se le llevó?

Luisa. Sí Señora,
despues de estar altercando
si era ó no era.

Marquesa. Esperemos
aquí, pesares amargos,
la sentencia de mi muerte,
ó vida... ¡Dios soberano!
¡Quántas lágrimas me cuesta
un capricho momentáneo!

Luisa. Pero, señora, ¿no puedo
saber qué dolor tan raro
os aflige? *Marquesa.* Dame un libro,
y déxame en paz. *Luisa.* El Diablo
anda hoy suelto. *ap.*

¿Quereis este?

Marquesa. ¿Qué libro es?

Luisa. Aquel tan guapo
de novelas extranjeras,
y tan bien encuadernado,
que segun veces diversas
os escuché celebrarlo,
es el que mas os divierte.
Y conforme en el estado
que hoy os veo, me parece
que os será el mas necesario.

Marquesa. Dí peligroso, y quizá
causa de todos mis daños.

Vase Luisa confusa.

Vete adentro. Estos son los
traydores disimulados,
y cuyas fábulas, llenas
de ponzoña, cautivando
mi discurso, corrompian
mi corazon. Libros falsos,
que seducen, y no enseñan
sino delirios y engaños. *le tira.*

Pero aun no viene el Marques...

¡Ay! Quizá le espero en vano.

En medio de sus amigos,
sin duda estará inventando
los medios de aborrecerme...

¿Mas qué es lo que he pronunciado?

No, su amistad, su cariño,

y lo fino de su trato
eran muy sólidos, para
en solo un dia olvidarlos.
¡Ay, querido esposo mio,
si fueras testigo acaso
de las lágrimas amargas
que arrepentida derramo,
yo sé que fueras sensible!...
Mas parece que ha parado
un coche á la puerta... Sí.
No me engaño, no me engaño...
Si sube... No será él...
El es: con su sobresalto
el corazon me lo anuncia...
Parece se va acercando
alguno? Sí...

Dentro Marques. Que estén prontas
en alta voz.

las cosas y los caballos
para dentro de una hora.

Marquesa. Esta es su voz... ¿Si depaso
entrará aquí?... ¿Mas se aleja?...
Sin duda se entró en su quarto.
Esto es hecho: mi destino
va á declararse... ¿Qué pasmo
de mí se apodera?... ¿Qué
turbacion! Yo me desmayo.
¡Ay! Mi retrato, en lugar
de moverle y de templarlo,
le pareció despreciable.
Discurso, todo lo erramos.
No señor: yo por lo ménos
debía haberme arrojado
á sus pies, y con el fluxo
de mis ojos inundarlos.

Si: vamos corriendo... Anselmo,
Sale Anselmo.

tú... ¿por qué vienes llorando?
Dí... ¿quién te envía?

Ans. Señora,
vengo de parte de mi amo...

Marquesa. ¿De mi marido? ¿Qué manda?
Dilo... *(ansiosa.)*

Ans. Ni me dexa el llanto, *sollozando.*
ni yo me atrevo á decirlo.

Marquesa. ¿De qué nace tan extraño
dolor? Habla: yo estoy muerta.

Ans. Mi señor pretende hablaros,

si estais sola... y segun dice,
por la última vez.

Marquesa. ¡Dios santo!

¿por la última vez, amigo? *trémula.*

Ans. Sí, señora. Entró mandando
que al instante le traxesen
de la posta dos caballos,
y á mí que me previniera
á seguirle, preparando
nada mas que una maleta,
y algun dinero, entretanto
que él recogia sus joyas,
y papeles reservados...

Al fin se va, y yo le sigo:

llorando con ahogo.

mirad si me mandais algo. *(creto)*

Marquesa. ¡Qué he oido! Ya está el de-
de mi muerte pronunciado.

*Se apoya sobre una mesa ó silla, la ca-
beza entre las manos.*

Ans. Voy á llevar la respuesta...

Pero aquí está ya mi amo.

*Anselmo estará situado de modo, que al
entrar el Marques no vea á su muger.*

Marq. Los cabellos esparcidos,
los bellos ojos bañados
en lágrimas, sin adornos...
¡qué significa este cambio!
¿Anselmo, puedo yo ver
á mi muger?

Ans. ¿Qué reparo
puede haber? Ahí la teneis.

Marq. Dios, ¡qué es lo que estoy mirando!
Déxanos solos. Matilde...

Vase Anselmo.

Aquí una gran pausa.

Marquesa. No ignoro, señor, el fallo
de mi suerte, que venis
á pronunciar... El recado

Vuelve á su posicion.

de Anselmo... No puedo mas.

Marq. Sí, señora, contemplando
que ya os he perdido, voy
al sitio mas solitario,
donde oculte mis pesares
de todo el género humano. *(ranza ap.)*

Marquesa. No hay medio: ni otra espe-
que la de morir aguardo.

E

Marq.

El Divorcio feliz,

34

Marq. Vivid , y vivid dichosa,
Marquesa. Por mas que hago,
no es fácil.

Marquesa. ¿Y podré serlo
yo sin él?

Marq. Lleno de encantos
está el mundo , que podrán
resarciros de los daños
que han hecho á vuestra belleza
mi ignorancia y desagrado.

Marquesa. Dexad, Marques, esas chanzas
importunas ; que no estamos
en ocasion , ni querais
irritar mas con burlaros
de mi error , el sentimiento
del que me está devorando.

Marq. ¿El sentimiento ? ¿Qué escucho ?

Marquesa. Si. No teneis que dudarle,
Señor. No os pongo delante
por convenceros mi llanto:
que en las mugeres no es prueba
de un afecto acrisolado;
pero creed que mi muerte,
y su fúnebre aparato
entrarán aquí al instante
que vos monteis á caballo,
para salir de Madrid.
Yo he perdido, he malogrado
vuestra estimacion, y debo
dexar de vivir...

Marq. No tanto...

Si es verdad... ¡ Cielo piadoso !

¿ Podré mirar á mis brazos
otra vez restituida
mi esposa?

con ansia.

Arrojándose á ellos , y sorprendidos de gozo.

Marquesa. Si, esposo amado;
si la encuentras digna de ellos
todavía.

Marq. ¿Quándo, quándo
lo pudo dexar de ser?...
aquí pausa.

Me lisonjeo, y me aplaudo
de conocer tu carácter,
hija , y este voluntario
regreso es la mayor prueba,
el testimonio mas claro
de las prendas y virtudes

con que el Señor te ha dotado.

Marquesa. No tengo , gracias á él,
que tener el mas escaso
rubor de un mal pensamiento;
una imprudencia , y los malos
exemplos han sido todos
mis delitos.

Marq. A dudarle

yo , amada Matilde mia,
¿ te volviera á dar los brazos ?

Sale Ansel. Todo está pronto, Señor.

Se sorprende.

¿ Pero qué veo ? ¿ Me engaño ?

Marq. No ; querido Anselmo , llega:

y si como buen criado

tuviste parte en mis males,

tambien en mis agasajos

y bienes debes tenerlos.

le abraza.

Marquesa. Ni aun con esto le pagamos
su buena ley.

le abraza.

Ansel. Ama mia...

Señor... me está embarazando

las voces el regocijo.

Por siempre seais alabado,

Dios mio. Luisa , Don Diego,

venid. Yo voy á avisarlos

á todos; y coger las

albricias de Don Leonardo.

Vase.

Marquesa. ¿ Me perdonaras , bien mio,
las penas que te he causado?

Marq. ¿ Si te las perdono? Antes

las bendigo , pues aguardo

que ellas sean el origen

de los gustos, el descanso

y la paz , que harán felices

desde hoy los dias de entreambos.

*Salen Don Leonardo por la derecha , y
la familia por la izquierda.*

D. Leon. Sea mil veces para bien.

¿ Ve usted como mi astrolabio le abraza.
no mintió?

Marq. No me es posible
pagarte con quanto valgo.

D. Leon. Ni con quanto tiene el mundo
quedára mejor pagado

yo , que con ver una dama

tan rara, que aprovechando

la reflexion de un instante,

en

en su casa ha eternizado
la religion, la abundancia,
el buen exemplo, el recato,
su felicidad, y la
de su esposo, y sus criados.

á la Marquesa.

Marq. De estos amigos hay pocos.

Marquesa. Yo lo creo : y me delato
del tiempo, que por ser bueno
le miraba con enfado.

Marq. ¿ Y ahora ?

Marquesa. Le admiro, y de esta
manera le satisfago.

le abraza, y él se enternece.

D. Leon. ¿ Te ha dado zelos ?

Marq. Sí : mira,
qué presto voy á vengarlos. le abraza.

Luisa. ¿ Y yo quedo perdonada,
Señora ?

Marquesa. Yo no te hablo
palabra ; escarmienta, calla,
y vive con mas cuidado.

Marq. ¿ Todavía lloras, Anselmo ?

Ansel. ¡ Ay Señor ! ¡ Qué dulce llanto
es el del placer !

Marq. Pues, hijos,
ya que el Cielo ha serenado
al obscurecer, un dia
que amaneció tan amargo
para esta casa, gocemos
la noche regocijados.

Marquesa. Yo que soy la venturosa,
la he de tomar á mi cargo,
como publicar que á veces
las locuras y trabajos
son útiles, si producen
enmiendas y desengaños.

FIN.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima,
junto á Barrio-Nuevo; en la misma se hallan todas las Comedias y Tragedias
modernas, Comedias antiguas, Autos, Saynetes y Entremeses : por docenas
á precios equitativos.

... ..